



FIÓDOR DOSTOYEVSKI

La patrona



Lectulandia

En *La patrona*, tercera novela de Dostoyevski, asistimos a un conflicto característico de la primera mitad del siglo XIX: la soledad del intelectual urbano, su incapacidad para llevar adelante proyecto alguno, su inutilidad y su dificultad para establecer vínculos con los sectores más carenciados de la población. Estos condicionamientos sociales en una época signada por una gran represión, censura y control ubicaban a los intelectuales rusos en una suerte de «callejón sin salida». Privados de herramientas para incidir de alguna forma en la realidad política o social, los artistas se entregaban a fantasías y ensueños que, de manera falaz, satisfacían sus necesidades espirituales. Es así como, en la literatura, aparece el tipo del «soñador». Fiódor Dostoyevski fue uno de los que más profundamente exploró en aquellos años la psicología y el conflicto de estos personajes.

Lectulandia

Fiódor Dostoyevski

La patrona

ePub r1.1

Un_Tal_Lucas 25-12-2016

Título original: *Хозяйка, Chozjasjka*
Fiódor Dostoyevski, 1847
Traducción: Rafael Cansinos Assens

Editor digital: Un_Tal_Lucas
Diseño de cubierta: Un_Tal_Lucas
Ilustración de cubierta: Nikolay Karazin, 1893
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

I

ORDINOV NO TUVO MÁS remedio, pese a todo, que buscarse otro alojamiento. Hasta entonces había vivido con una patrona; una pobre mujer de edad madura y viuda de un funcionario, que en aquellos momentos, por circunstancias imprevistas, se veía obligada a marcharse de San Petersburgo para ir a vivir con unos parientes suyos en una lejana provincia. Por otra parte, todo fue tan repentino que ni siquiera pudo esperar a que terminase el contrato de la casa.

El joven, que tenía derecho a permanecer en el piso hasta comienzos del mes siguiente, recordaba con nostalgia la vida apacible que había llevado entre aquellas cuatro paredes tan familiares para él, y sentía una extraña tristeza por tener que abandonar para siempre aquel rincón, convertido en algo tan querido. El huésped era pobre y, sin duda, ese cuarto resultaba un poco caro para sus escasos recursos. De modo que, al día siguiente de marcharse la viuda, cogió el sombrero y decidió lanzarse a las calles de San Petersburgo en busca de esos letreritos colgados en los quicios de las puertas para indicar que se admite a un huésped. Miraba, sobre todo, en las casas más viejas y peores de la ciudad, en las que le resultaría fácil encontrar alguna familia pobre que necesitase alquilar una habitación.

Al principio puso sus cinco sentidos en aquella búsqueda, a la que dedicó mucho tiempo; pero luego, poco a poco, su atención se distrajo con otras sensaciones totalmente nuevas para él. Empezó a mirar a su alrededor de un modo superficial, como para distraerse, sin pensar en nada determinado; más tarde se despertó en él cierto interés, hasta que, finalmente, sintió una franca curiosidad. Aquella muchedumbre que pululaba en torno suyo en la agitación constante y ruidosa de la calle, todas las novedades que encontraba allí, y aquel ambiente distinto, aquella existencia mezquina que se adivinaba —con su esfuerzo cotidiano por el lucro— tan odiado por el hombre activo y siempre ocupado de San Petersburgo, que no sueña durante toda su vida más que en procurarse los medios y el modo de llevar una existencia apacible en un refugio cálido y propio, todo aquel quehacer prosaico y tedioso infundía ahora en Ordinov una extraña sensación de placidez y abandono. Sus pálidas mejillas adquirieron un ligero color y asomó a sus ojos el destello de una nueva ilusión, mientras aspiraba, con avidez, el aire fresco. Sentía desaparecer la pesadez de su alma.

Su existencia, hasta entonces, había transcurrido tranquilamente, en medio de una soledad absoluta. Unos tres años atrás, después de pasar sus exámenes y considerarse hasta cierto punto un hombre libre, había ido a visitar a un hombrecillo pequeño y viejo, a quien sólo conocía de oídas, y esperó largo rato hasta que el criado anunció su presencia al amo. Luego introdujo a Ordinov en un gran aposento, sombrío y

lúgubre, de techo altísimo; uno de esos enormes y tediosos salones que aún se encuentran en algunas antiguas casas señoriales. Allí se encontró en presencia de un anciano de cabellos canosos, vestido con un uniforme lleno de condecoraciones, quien mucho tiempo atrás había sido amigo y compañero de su padre, al servicio del Estado, que luego se había encargado de la tutela del hijo. El viejo le entregó lo que le correspondía: una suma no muy elevada, el resto de una herencia que, por existir deudas, tuvo que sacarse a subasta. Era cuanto quedaba de sus antepasados. Ordinov cogió el paquetito con indiferencia, se despidió para siempre del anciano y salió de nuevo a la calle. Era una tarde de otoño, fría y desapacible. El joven caminaba pensativo, invadido por una rara tristeza, desconocida incluso para él mismo. Le ardían los ojos, sentía cierto malestar en todo el cuerpo y le pareció que tenía fiebre. Durante el trayecto, calculó mentalmente que con aquel dinero podría vivir durante dos o tres meses; y, si hacía muchas economías, incluso cuatro. En la primera casa que encontró, de las que tenían mejor aspecto, alquiló una habitación reducida — precisamente en la morada de aquella pobre viuda de un funcionario, quien ahora le dejaba en la calle—, y al cabo de una hora se había instalado allí. A partir de entonces llevó una vida retraída, como si se hubiera desprendido de todo o fuese un extraño en su propia ciudad, de tal modo que al cabo de dos años no tenía ninguna amistad.

Ni siquiera se dio cuenta de que su existencia transcurría de esta manera; tampoco se le ocurrió pensar, de momento, que hubiese otra vida aparte de la suya, una vida ruidosa y agitada, fluctuante, que cambiaba de continuo y no cesaba de reclamar, en su vorágine, a todos los seres; una existencia de la cual, tarde o temprano, era imposible evadirse. Él sabía, desde luego, que esa vida existía —¿cómo hubiera podido ignorarlo!—, pero no la conocía ni le había tentado conocerla.

Desde pequeño había vivido solo, y ahora que era un hombre, aquella soledad llegó a formar parte de su extraña personalidad. Le devoraba una de esas pasiones profundas e insaciables que embargan por completo la existencia de un hombre, y que a los seres como Ordinov no les permiten siquiera asomarse a esa otra vida. Su pasión era la ciencia. Primero, consumió su juventud; fue para él como el opio embriagador que le quitaba el sueño y la tranquilidad de espíritu, y le privó de la comida sana y del aire fresco, que jamás penetraba en su lóbrega covacha. No obstante, Ordinov nunca quiso reconocerlo, ni siquiera confesárselo a sí mismo. Tenía juventud y, de momento, no necesitaba otra cosa. Aquella pasión le convirtió en un verdadero niño ante los demás, que desde entonces le negaron un lugar en la sociedad con el cual poder labrarse una posición. Para algunos, la ciencia es su fortuna, su fuerza; mas para Ordinov, por el contrario, su pasión era un arma destinada a acabar consigo mismo.

Lo suyo era un ansia de aprender, investigar y atesorar ciencia en su espíritu, sin razones ni motivos de ninguna clase que le empujasen a ello. Eso mismo ocurría con todo lo que, de un modo u otro, llegaba a interesarle, incluso con las cosas más insignificantes. De pequeño le tuvieron por un niño prodigio, ya que era diferente a

los otros discípulos. Sus padres habían muerto cuando él era muy pequeño, y ni siquiera les recordaba; en cambio, tuvo que soportar muchos ataques y no pocos desprecios de sus compañeros, debido a su carácter raro y tímido. Todo ello no hizo sino acentuar su manera de ser, huraña y retraída. Pero nunca, ni antes ni ahora, esa tendencia a la soledad obedeció a ningún propósito ni plan determinado; al contrario, lo que le impulsaba a ella era su entusiasmo, el ímpetu, la fiebre que sentía por su obsesión. Formó toda una filosofía propia de las cosas para su uso particular, y la nueva idea se estableció en él a través de los años, imponiéndose a su espíritu de un modo vago e impreciso, pero maravilloso y consolador. Poco a poco cobraría cuerpo en una forma nueva y reveladora. Pero mientras tanto, aquel proceso le hacía sufrir, torturando y desgarrando su alma. Intuía vagamente su originalidad, exclusividad y exactitud, que le parecían una revelación de la verdad. Y procuraba, con todas sus fuerzas, que le condujesen a la creación, que de momento sólo existía en su interior; la época de la elaboración misma aún era lejana, quizá muy remota e incluso imposible.

Ahora vagaba por las calles como un forastero ajeno a todo el mundo, que, llegado de un mísero villorrio, se encontrara de pronto en medio del bullicio ciudadano. Todo le parecía nuevo y sorprendente. Se había vuelto tan ajeno a aquel mundo que bullía, rugiente, en torno a él, que no se extrañó, en lo más mínimo, de sus raras impresiones. Es decir, no se daba cuenta de que era él quien había establecido la distancia con aquel mundo; por el contrario, le invadía una especialísima sensación embriagadora de alegría como si fuera una persona que arrastrara muchos años de hambre, y de repente le dieran de comer y de beber. Comprendo que resulte extraño que un hecho tan insignificante y poco decisivo en la marcha de una existencia, como es mudarse, pueda sacar de sus casillas a un petersburgués, aunque éste sea tan especial como Ordinov. Pero debe tenerse en cuenta que él, durante aquellos años, apenas había puesto los pies en la calle, y que nunca como hoy —ignoramos el motivo— dedicó tanta atención al ambiente callejero.

Y cada vez se encontraba mas a gusto, a medida que seguía vagabundeando por las calles, mirándola todo y prestando una particular atención a cada cosa.

Estaba acostumbrado a leer entre líneas, y ahora se daba cuenta de lo que significaban las escenas desarrolladas ante sus ojos. Todo le producía una impresión especial, nada se le escapaba; con mirada penetrante escrutaba la fisonomía de las gentes, las palabras que dejaban caer a su paso, incluso las discrepancias del acento popular que herían sus oídos, como si lo único que pretendiera fuera demostrarse a sí mismo que no se había equivocado en las conclusiones sacadas durante los largos silencios de su soledad nocturna. Y muchos detalles, insignificantes; en sí, que cualquiera pasaría por alto, le sorprendían y le inspiraban una nueva idea, y por primera vez en su vida deploró haber estado tanto tiempo enclaustrado en su cuarto, como si hubiese vivido sepultado. Aquí todo era más vivo; su pulso latía de prisa y su

mente se emancipaba de la agobiante soledad, que reducía su actividad poco menos que a una simple reacción ante su voluntad fervorosa de trabajo; ahora podía actuar por sí misma, rápida y, sin embargo, tranquila, con seguridad y atrevimiento. Y sobre todo sentía, casi inconscientemente, el ansia de penetrar en aquel mundo desconocido para él, hasta entonces ignorado y sólo presentido a través del instinto de artista.

Sin darse cuenta, su corazón empezó a latir con mayor rapidez, casi con amorosa nostalgia y ardiente simpatía. Con mirada inquisitiva contemplaba los hombres que pasaban junto a él; pero todos le eran extraños, todos iban preocupados por sus propios problemas e inquietudes. Poco a poco desaparecieron los restos de indiferencia que aún quedaban en Ordinov; se sumergió de lleno en la realidad y sintió su peso agobiante; luego, involuntariamente, experimentó un gran respeto que llegó a asustarle.

Se sintió cansado ante tal desbordamiento de nuevas impresiones, como si se tratara de un enfermo que se ha levantado de la cama por primera vez, muy alborozado, pero que, rendido por la brillante luz del día, mareado por ruidosos y abigarrados cuadros de la vida diaria y la sucesión de las rápidas imágenes, cierra los ojos y se desploma extenuado.

Todo aquello le había puesto pensativo y melancólico. Empezó a temer por sí mismo, por todos sus proyectos e incluso por su futuro.

Se le ocurrió de pronto un nuevo pensamiento nada tranquilizador: Se había pasado toda la vida solo, no existía una sola persona en este mundo que le tuviera afecto y tampoco llegó a tener ocasión de tomárselo a nadie. Intentó trabar conversación con varios de los transeúntes que se cruzaban con él, pero éstos le miraron asombrados y de un modo muy particular. Tuvo la impresión de que le tomaban por un loco, o al menos por excéntrico; lo cual, después de todo, era realidad. Recordaba que, desde niño, todos rehuían su compañía y se sentían a disgusto a su lado, debido, especialmente, a su carácter introspectivo y ensimismado. Se sentía capaz de experimentar un profundo afecto por los demás, pero sabía también que no era capaz de establecer una relación de igualdad espiritual con los otros; y así, él mismo se apartaba y procuraba alejar su recién nacido sentimiento. Ya de niño, aquello se había convertido en una tortura entre sus compañeros. Ahora volvía a sucederle, y no tuvo más remedio que admitir que, desde siempre y en todo momento, las personas le rehuían, y nadie se había preocupado jamás de su soledad.

Mientras continuaba sumido en tales reflexiones, no se percató del rumbo que tomaba hasta que, por último, se encontró en un barrio de la ciudad muy alejado del centro. En una fonda barata y solitaria pidió algo de comer, y luego se lanzó de nuevo al exterior. Siguió dando vueltas por calles y plazas, a lo largo de vallas grises y amarillas. Luego pasó junto a unas casuchas grises, a las que siguieron unos edificios rojos y enormes, ennegrecidos por el tizne, que pertenecían a grandes fábricas de chimeneas humeantes. A su alrededor, el paisaje estaba, sin embargo, muerto, abandonado, era hostil y antipático; por lo menos, así le parecía a Ordinov. Por una

larga calleja fue a parar a una plazoleta en la que se alzaba una iglesia.

Distraído y sin saber lo que hacía, penetró en el templo. Había terminado el oficio y la iglesia estaba desierta; sólo dos viejas seguían arrodilladas junto a la puerta. Un hombrecillo viejo, con el pelo canoso, el sacristán, apagaba las luces. El sol, al ponerse, enviaba un torrente de luz a través de un ventanuco en lo alto de la cúpula. Aquellos rayos atravesaban la iglesia y se detenían junto a un altar lateral cubriéndolo de un fulgor centelleante. El sol se ocultó tras el horizonte, y la luz se atenuó sensiblemente en el interior del templo, pero cuanto más densas eran las sombras, tanto más refulgían en muchos lugares las imágenes de los santos, ante los cuales ardían, chisporroteando, los cirios y las lamparitas de aceite. Una gran melancolía surgida de lo más profundo de su ser invadió de pronto a Ordinov, quien se recostó contra un muro en el rincón más oscuro de la iglesia. Permaneció allí largo rato, olvidado de sí mismo y de todo cuanto le rodeaba.

De pronto, oyó un sordo rumor de pasos que, acompasadamente, se acercaban desde la puerta. Se volvió para mirar; apenas divisó a las dos personas que entraban, se apoderó de él una curiosidad inexplicable. Se trataba de un hombre de edad y una mujer joven. El viejo era un hombre corpulento, todavía erguido y fuerte, pero en extremo delgado y de una palidez enfermiza. A juzgar por su aspecto, podía tomársele por un comerciante venido desde muy lejos. Llevaba sobre los hombros, con cierta indolencia, un capote negro forrado en piel —al parecer, una prenda dominguera—, bajo la cual asomaba una blusa rusa, también larga, y abrochada de arriba abajo, como se usaba antiguamente, cuando aún se vestía el traje nacional. Llevaba alrededor del cuello, atado con descuido, un pañuelo rosado. En la mano tenía un gorro de piel. Una larga barba, estrecha y canosa, caía sobre su pecho; y entre las pobladas y enormes cejas, ardía una mirada viva, febril, y al propio tiempo penetrante y altiva. La mujer, una joven de unos veinte años, era extraordinariamente bella. Lucía una pelliza de color azul pálido, ribeteada de una piel costosa, y en la cabeza un pañuelo de raso, sujeto a la barbilla por un nudo. Tenía la vista baja y adoptaba asimismo un aire altivo y ensimismado, que contrastaba extrañamente con su figura. El rostro, de líneas infantiles y puras, parecía transfigurarse tristemente bajo el reflejo de las luces. Aquella extraña pareja tenía algo que asombraba a primera vista.

El viejo se detuvo bajo la bóveda central e hizo una profunda inclinación hacia los cuatro costados, a pesar de que la iglesia estaba vacía; su compañera hizo lo mismo. Luego, él la cogió de la mano y la llevó ante la imagen de la Virgen a la que estaba consagrada la iglesia, y cuyas vestiduras, cuajadas de piedras preciosas y adornadas con ricas franjas, despedían fulgurantes reflejos bajo la luz de los numerosos cirios. Cuando el sacristán, que trajinaba de un lado para otro, vio al viejo, le saludó con respeto; éste le correspondió con un simple movimiento de cabeza. La mujer se arrodilló ante la imagen de la Virgen, y se inclinó hasta tocar el suelo con la frente. El viejo, cogiendo el pico del manto que pendía de la peana de la imagen, se

cubrió con él la cabeza. Entonces resonaron en toda la iglesia unos sollozos ahogados.

Ordinov se sintió conmovido ante la solemnidad de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, y esperó con impaciencia que terminasen aquellas devociones. Al cabo de un rato, la mujer levantó la cabeza, y la luz dio de lleno en su hermoso rostro. Ordinov se estremeció e, involuntariamente, retrocedió un paso. Entretanto, ella tendió la mano al viejo, y ambos abandonaron con lentitud la iglesia. La joven tenía los ojos llenos de lágrimas que, al bajar los párpados, de largas y oscuras pestañas, rodaban por sus lindas y pálidas mejillas. Sonreía ligeramente, pero, a pesar de ello, se notaba en su rostro una infantil congoja y una especie de terror casi místico. Se apoyaba titubeante en el viejo, y era evidente que temblaba de emoción.

Ordinov les siguió, obedeciendo a un impulso, asombrado y sobrecogido por una sensación inexplicable. Les alcanzó cuando traspasaban el arco del porche. El viejo le lanzó una mirada severa y adusta; también ella le miró, pero con tal indiferencia y descuido, que podía comprenderse que su pensamiento estaba ocupado por una sola y lejana idea. Ordinov les siguió a cierta distancia, sin saber por qué lo hacía. Ya había anochecido.

El viejo y la joven entraron en una calle ancha, larga y sucia, que llevaba directamente a las afueras de la ciudad; una calle de tienduchas, posadas y mesones baratos, en la que también había numerosos tenderetes de baratijas; luego se metieron en una estrecha y larga calleja que, entre vallas, conducía a una gran casa de vecinos de cuatro pisos, con un gran patio interior que, en el lado opuesto daba a una calle muy grande y animada.

Estaban cerca de la casa. Repentinamente, el viejo se volvió y lanzó una inquisitiva mirada al joven que les seguía con tal terquedad. Ordinov se quedó aturdido; de pronto se dio cuenta de lo anormal de su conducta. El viejo le miró de nuevo, como si quisiera asegurarse de que su mirada no había errado el golpe, y luego la pareja se metió por la estrecha puerta, en el patio de la casa. Ordinov dio media vuelta y se alejó.

Estaba enojado consigo mismo, y se reprochaba duramente su proceder; había perdido inútilmente un día entero, se había cansado en vano y, como si eso fuera poco, para redondear la fracasada jornada, cometió una estupidez mayúscula al tomar por un acontecimiento extraordinario lo que no era más que un encuentro completamente vulgar.

Aquella tarde se había sentido molesto, al advertir lo ajeno que era a todo lo que le rodeaba, y lo huraño que se había vuelto con sus semejantes. Y, sin embargo, había sido su propio instinto el que le hizo alejarse de todo lo que pudiera influirle, distraerle o conmoverle, tanto en su vida exterior como en su mundo interior, pues había consagrado ambos de antemano y de un modo absoluto a su idea. Ahora pensaba con dolor y cierta nostalgia en su plácido rincón; después se apoderó de él una gran tristeza y reflexionó, preocupado, sobre la vida que le esperaba, dónde

encontraría una nueva habitación, y cuánto tiempo tendría que andar buscándola. De todos modos, lo que más le afligía era que aquellas insignificancias pudieran inquietarle hasta tal punto.

Finalmente, como se había hecho muy tarde, cansado e incapaz de coordinar sus pensamientos, se encaminó hacia su antigua vivienda. Al llegar, se dio cuenta de que había estado a punto de pasar de largo ante ella sin reconocerla. Movi6 la cabeza recriminándose la distracci6n, que atribuy6 a la fatiga que sentía, y subiendo hasta el último piso, bajo el tejado entr6 en su cuchitril. Encendi6 la luz, se sent6 y permaneci6 ensimismado en sus pensamientos. De improviso, record6 claramente la imagen de aquella mujer que lloraba. La impresi6n que le había causado era tan profunda y fuerte, de tal modo quedaron grabadas en su mente las devotas y tiernas facciones de aquella joven, que ahora se le aparecían fielmente —aquellos rasgos que expresaban una emoci6n y un temor místicos, así como una humildad y una fe abnegadas—, que se le nublaron los ojos, al tiempo que oleadas de fuego recorrían todo su cuerpo. Pero la aparici6n se desvaneci6 rápidamente. Y despu6s de aquella honda impresi6n, sinti6 un sordo malestar; acto seguido vino la irritaci6n y, por último, una rabia impotente. Sin desnudarse siquiera, se envolvi6 en la manta y se dej6 caer sobre su lecho.

Ordinov se despert6 a la mañana siguiente, ya tarde, con el ánimo inquieto y deprimido. Tuvo que obligarse a pensar en sus problemas más inmediatos. Al lanzarse de nuevo a la calle, march6 en direcci6n opuesta a la del día anterior, con la intenci6n de no volver a recorrer los lugares que ya había visitado. Finalmente, dio con un pobre alemán, llamado Spiess, que junto con su hija, Titchen, ocupaba un cuartito como el que él andaba buscando. Cerr6 en seguida el trato con el alemán, quien se apresur6 a quitar el letrerito de «Se alquila». A Spiess le pareci6 muy loable el deseo que manifestaba Ordinov de consagrarse a la ciencia, y manifest6 que allí nadie le estorbaría en sus prop6sitos y, por último, se mostr6 muy contento de admitirle en su casa. Ordinov dijo que al atardecer iría a instalarse en su nueva vivienda.

Una vez solucionado aquel asunto, se dirigi6 nuevamente hacia su antiguo alojamiento, pero en el camino cambi6 de parecer y tom6 otro rumbo; esta decisi6n, aunque en el fondo no dejara de parecerle ridícula, levant6 su ánimo. Estaba impaciente, el camino le parecía ahora demasiado largo, por lo menos mucho más largo de lo que recordaba. Por fin, lleg6 a la iglesia donde había estado la tarde anterior. Precisamente en aquel momento estaban oficiando misa. Busc6 un lugar desde el cual pudiera ver a los fieles. Despu6s de mirarlos a todos, se convenció de que no estaban los que buscaba. Al abandonar la iglesia despu6s de una larga e inútil espera, sus mejillas ardían, intent6 por todos los medios alejar de sí un sentimiento enojoso, y apel6 a toda su energía para imprimir a sus pensamientos el rumbo deseado. Quería pensar en cosas totalmente prosaicas, y se le ocurri6 que ya debería ser hora de comer. Como sentía apetito, entr6 en el mismo fonducho que había

visitado el día anterior. Luego se puso a dar vueltas sin rumbo fijo, y atravesó numerosas calles desconocidas para él, pero muy bulliciosas. Siguió andando por callejas desiertas hasta que se encontró en las afueras, donde se extendían los campos, pelados por el otoño. Habría seguido andando en medio de ellos sin darse cuenta, de no ser porque le sacó de su ensimismamiento una rara impresión, que hacía muchos años no experimentaba, producida por aquellos parajes. Era un día frío y seco, como suelen ser en San Petersburgo durante el mes de octubre. No lejos de allí había una cabaña y, junto a ella, dos almiarés del heno. Un caballo de campesino, escurrido y flaco, cuyas costillas casi podían contarse, permanecía con la cabeza baja y el belfo colgando, desuncido y con aire meditativo, junto a una «larataika» de dos ruedas. Junto a una rueda rota del carro, un vulgar mastín roía un hueso; de pronto empezó a gruñir, y un niño de unos tres años, que no llevaba encima otra cosa que una camisilla, se rascó su rubia cabecita rizada y miró con asombro al solitario intruso. Por detrás de la cabaña se extendían huertos y campos. Junto al horizonte se distinguían franjas de bosques, y todo ello bajo un cielo despejado y azul. Pero por el otro lado se aproximaban lentamente unas nubes oscuras, como de nieve, a cuyo frente iban otras más pequeñas, sueltas, semejantes a una bandada de ingravidas aves de rapiña, pero silenciosas, sin gritos ni aletazos. Todo parecía tranquilo y al propio tiempo solemnemente triste y expectante. Ordinov siguió adelante, pero cada vez sentía una melancolía más profunda. Por último, volvió sobre sus pasos y regresó a la ciudad, en la que vibraban las campanas, llamando a los fieles a la oración vespertina. Apresuró el paso, y al cabo de pocos minutos se hallaba de nuevo en el templo, que tan imprescindible se le había tomado desde la tarde anterior.

Allí se encontraba la joven desconocida.

Estaba arrodillada cerca de la puerta de entrada, en medio de muchos otros fieles. Ordinov se abrió paso entre las filas de hombres puestos en pie, a través de un grupo de mendigos, de viejas harapientas, enfermos e impedidos que estaban a la puerta del templo esperando una limosna, y se arrodilló junto a ella. Sus ropas tocaban las de la joven y podía percibir su respiración agitada y el murmullo de sus oraciones. Como el día anterior, su rostro se veía iluminado por una fe abnegada, y le corrían lágrimas por las mejillas ardientes, como si quisiesen lavar alguna terrible culpa que manchara su alma. En el lugar donde estaban arrodillados había una oscuridad absoluta. De vez en cuando, una ráfaga de viento que penetraba a través del ventanuco agitaba la llama de la vela situada junto a la imagen más cercana; entonces se distinguía vagamente el rostro de la mujer, que el joven trataba de grabar en su alma hasta en sus más mínimos detalles, lo cual le causaba un dolor insoportable en el corazón. No obstante, esa tortura iba acompañada de un placer embriagador y penetrante. Aquel estado de ánimo fue superior a sus fuerzas. No pudo resistirlo por más tiempo. Sentía el pecho henchido de dolor y le pareció que, repentinamente, le acometía una inexplicable nostalgia. Se le escapó un suspiro e inclinó su ardorosa frente sobre las frías baldosas de la iglesia. Lo único que sintió fue el dolor de su corazón, un dolor que parecía

convertirse en dulce tormento.

Sería difícil explicar el motivo de aquel repentino estallido. Tal vez se debiera a los tediosos y prolongados silencios de las noches de insomnio, de acumular tantos vagos e imprecisos anhelos en su corazón, que necesitaron, de pronto, estallar como fuese. O quizá, sencillamente, hubiese llegado el momento de la explosión, como todo llega en este mundo cuando es su hora, según el orden natural de las cosas. En un día de verano, por ejemplo, de un calor sofocante, el cielo se oscurece de pronto y se desencadena una tormenta de truenos y relámpagos, para salvar todo aquello que amenazaba ser agostado por el sol. Después, una vez pasado el temporal, el sol vuelve a brillar y todo recobra su anterior esplendor, como si la naturaleza hubiera renovado su vida. Y ese mismo placer vital que después de una tormenta parece sentir toda la naturaleza, experimentó también Ordinov. Pero hubiera sido incapaz de expresarlo; tan inconsciente fue en aquellos momentos de su propio acto.

Por ello tampoco percibió que el servicio religioso estaba finalizando, y solamente salió de su estado de éxtasis cuando, al ir tras su desconocida, tuvo que abrirse paso entre el gentío. A cada momento debían detenerse ante la muchedumbre. Precisamente por eso, por tener que detenerse y esperar, siempre junto al joven, ella se fijó por primera vez en el que la seguía; luego se volvió una y otra vez con creciente asombro para mirarle, hasta que, una vez que sus claros ojos se encontraron con los de él, se sonrojó vivamente. Todo fue súbito, como si bruscamente lo hubiese comprendido todo, y se le hubiese arrebolado el rostro. En aquel mismo instante apareció la imponente figura del viejo entre la gente, y éste la cogió de la mano. De nuevo cayó sobre Ordinov la mirada del anciano, con una expresión tan hostil, tan malignamente burlona, que, instantáneamente, el joven sintió que le invadía una extraña y furiosa cólera.

No tardó en perderles de vista en la oscuridad y, un poco cohibido, se abrió paso entre la gente y salió de la iglesia. El viento de la tarde le azotó el rostro con su frío ramalazo, pero no consiguió refrescarlo; le faltaba el aliento, sentía el pecho oprimido y su corazón empezó a palpar acompasada y violentamente, como si quisiera escapársele del cuerpo. Buscó durante largo rato a la joven, pero al no verla en ninguna parte, ni en la calle ni en la travesía más próxima, tuvo que renunciar a encontrarla. De pronto se le ocurrió una idea que, tomando cuerpo, se convirtió en uno de esos planes descabellados que, a veces, tienen un resultado feliz. Esos planes absurdos y desatinados son los que más pronto ponemos en práctica, mientras que los más cuerdos se quedan en proyectos.

Al día siguiente, hacia las ocho de la mañana, Ordinov se dirigió a aquella casa, atravesó el portal y se encontró en un patio estrecho y mugriento. El portero, que estaba barriando, dejó su tarea, se apoyó en el palo de la escoba y miró atentamente a Ordinov de pies a cabeza. Al fin le preguntó:

—¿Qué desea?

El portero era un hombre joven, de unos veinticinco años, a pesar de tener aspecto

de más edad. Era pequeño, con la cara llena de arrugas y con indudables signos de su procedencia tártara.

—Busco habitación —respondió Ordinov con impaciencia.

—¿Cómo dice? —preguntó, zumbón, el portero, y le miró con una cara como si ya le hubiese visto los bolsillos.

—Quiero alquilar una habitación.

—No queda ninguna al exterior —repuso el tártaro con aire algo enigmático.

—¿Interior tampoco?

—Tampoco —y diciendo esto, se dedicó otra vez a su tarea de barrer el patio.

—Y entre los inquilinos de la casa, ¿no habrá por casualidad alguno que quiera arrendarme una habitación? —preguntó de nuevo Ordinov, esta vez depositando una propina en las manos del portero.

El tártaro le miró, se guardó el dinero en el bolsillo y cogió nuevamente la escoba. Al cabo de un momento de silencio, volvió a decir:

—No; aquí no hay nadie que quiera huéspedes.

Pero Ordinov ya no le escuchaba, sino que se había dirigido hacia los tablones vacilantes y medio podridos que, a través del lodo, conducían al único acceso a la parte trasera del edificio, a una escalera que parecía tan sucia como la propia casa y cuyo último peldaño se hundía a medias en otro lodazal. Al pie de la escalera, junto a la entrada, vivía un pobre constructor de ataúdes, por delante de cuyo taller pasó Ordinov sin preguntar, subiendo directamente los deteriorados y maltrechos peldaños. Al llegar al primer piso, encontró, más a tientas que con la vista, una pesada puerta que mostraba señales de haber estado forrada con una esterilla, de la que sólo quedaban algunos jirones. Empujó el pestillo y abrió la puerta. No se había equivocado. Ante él estaba el viejo que viera anteriormente en la iglesia, y que ahora le miraba con una expresión de indecible asombro.

—¿Qué quieres? —refunfuñó una voz sorda y dura.

—¿No querría usted alquilarme una habitación? —le preguntó Ordinov, sin saber exactamente lo que decía ni qué pretendía.

Detrás del viejo divisó a la desconocida.

El anciano no contestó, sino que se dispuso a cerrar la puerta, para dar a entender a Ordinov que sobraba allí.

—Sí, señor. Nosotros tenemos un cuarto para alquilar —dijo de pronto la muchacha, con voz amable. El viejo se volvió hacia ella.

—Yo no necesito más que un rinconcito —dijo Ordinov, entrando rápidamente en la casa y dirigiéndose a la joven.

Pero se interrumpió de inmediato; ante sus ojos se desarrollaba una escena extraña, muda, pero muy elocuente. El viejo se había puesto lívido, como si fuera a darle un síncope, y contemplaba a la joven con ojos vidriosos, inmóviles y penetrantes. También ella palideció en el primer momento, pero luego volvió a afluir con violencia la sangre a su rostro y asomaron en sus ojos extraños destellos. Sin

decir más, acompañó a Ordinov al cuarto contiguo.

El piso se componía de un enorme aposento, dividido en tres mediante dos tabiques. Al entrar desde el rellano, había un angosto y oscuro recibidor que, a través de una puerta, llevaba, al parecer, a una alcoba. A la derecha estaba situada otra puerta que conducía al cuartito que alquilaban. Era éste un aposento muy pequeño y apretado que, por medio de un tabique, parecía estar oprimido entre las dos ventanas bajas. Estaba atestado de los más diversos objetos que puedan imaginarse como utensilios domésticos. Imperaba allí la miseria y la estrechez, pero hay que decir que todo estaba distribuido con primor. El mobiliario consistía en una mesa tosca, sin pintar, dos sillas no menos vulgares y dos camas; una, junto al biombo, y otra, arrimada a la pared frente a la puerta. Un icono, grande y arcaico, con un biombo dorado, aparecía en un rincón del cuarto, encima de una repisa sobre la que ardía una lamparilla de aceite. Una gran estufa rusa, contra la cual se apoyaba el tabique, servía a medias para el cuarto y el recibidor. Desde luego, era indudable que aquel piso resultaba excesivamente pequeño para ser habitado por tres personas mayores.

Se empezó a hablar del alquiler. Los tres se expresaban con tal torpeza e incoherencia, que apenas lograban entenderse. Ordinov, que estaba a dos pasos del viejo y de la muchacha, temía que éstos pudieran oír los latidos de su corazón; casi temblaba de nervios y empezaba a embargarle cierta angustia. Finalmente, llegaron a un acuerdo y cerraron el trato. El joven manifestó su intención de mudarse en seguida y, sin proponérselo, miró al viejo. Este continuaba tan pálido como al principio, pero asomaba a sus labios una plácida y hasta pensativa sonrisa, que ocultó al encontrarse con la mirada de Ordinov. Entonces volvió a fruncir el ceño.

—¿Tienes pasaporte? —preguntó de pronto con voz alta y dura, mientras abría la puerta del piso.

Ordinov asintió con la cabeza, algo atónito por la pregunta.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

—Vasili Ordinov. No tengo ningún oficio. Vivo con absoluta independencia, —replicó con la misma brusquedad y desenfado que el viejo.

—También yo —repuso éste—. Me llamo Ilia Murin y vivo de mis rentas. ¿Quieres más detalles? ¡Bueno, adiós!

Dos horas más tarde, Ordinov estaba instalado en su nueva vivienda, no menos asombrado de que el señor Spiess y su hija Titchen, después de esperarle en vano, llegaran a la conclusión de que su desaparecido huésped sólo había pretendido burlarse de ellos. Ordinov no comprendía cómo había llegado a suceder todo aquello y, después de todo, tampoco intentaba lograrlo.

II

EL CORAZÓN LE PALPITABA con tal violencia que delante de los ojos le bailaban unos puntitos verdes y, de vez en cuando, se sentía acometido por el vértigo. También le dolía la cabeza. Maquinalmente desempaquetó sus cosas; desató un bulto que contenía ropa blanca, lo más necesario; abrió el cajón de los libros y se dedicó a ordenarlos, así como sus papeles, que colocó sobre la mesa. No tardó en dejar el trabajo de instalar sus pertenencias. Hiciera lo que hiciese, siempre tenía ante sus ojos la imagen de la joven, que desde el primer momento se le había grabado en la memoria, comunicando a su monótona vida tanta ategría que sus pensamientos parecían los de un borracho o los de un loco. Ni siquiera sabía lo que quería. Cogió el pasaporte con intención de enseñárselo al viejo, quien había pasado a ser su patrón, y, naturalmente, con la idea de verla a ella de paso. Pero Murin no hizo más que entreabrir la puerta, cogió el pasaporte, lo miró, movió la cabeza y, pronunciando lacónicamente un «Dios te acompañe», la volvió a cerrar. Una desagradable sensación se apoderó de Ordinov. Sin encontrar para ello una explicación coherente, le molestaba mirar a aquel viejo. Siempre advertía en su mirada algo maligno y despreciativo. Sin embargo, aquella impresión molesta no tardó en disiparse.

Llevaba tres días en la casa y, en comparación con su antigua existencia, tan tranquila, le parecía vivir en pleno torbellino. Ni siquiera podía pensar, pues hasta eso le asustaba. Todo había cambiado en él; experimentaba la sensación de que su vida se había partido en dos mitades, y ninguno de sus pensamientos tenía relación con la primera mitad. Ahora estaba poseído por un solo y único anhelo.

Volvió a su habitación, sin saber cómo interpretar la conducta del viejo. Junto a la estufa donde se hacía la comida, trajinaba una anciana, encorvada por los años. Iba tan sucia y harapienta, que repugnaba verla. Tenía, además, aspecto diabólico. Era la criada. Ordinov, que veía moverse su desdentada mandíbula inferior y la oía refunfuñar algo para sus adentros, le dirigió la palabra, pero ella no se dignó responder. Le pareció que obraba de esa forma por pura maldad. Finalmente, llegó la hora de la comida, cuando la vieja sacó del horno sopa de coles, pasteles y carne de vaca, y los llevó al otro cuarto. De la misma comida sirvió a Ordinov. Después que todos hubieron comido, en la casa se hizo un silencio de muerte.

Ordinov cogió un libro y leyó línea tras línea páginas enteras, haciendo verdaderos esfuerzos por desentrañar su sentido. Ni él mismo habría podido decir si, efectivamente, se enteraba de lo que leía. Después de cierto tiempo dejó el libro y se puso otra vez a ordenar sus cosas. Al cabo de un rato, abandonó la empresa. Por último, impaciente, cogió el gorro y la capa y salió a la calle. Sin mirar qué dirección tomaba, empezó a andar, intentando poner en orden sus pensamientos y reflexionar

un poco sobre su nueva situación. Pero aquel esfuerzo de voluntad se convirtió literalmente en una tortura. Al parecer, había cogido alguna enfermedad: tan pronto le acometían escalofríos, como se sentía arder de fiebre. Los latidos de su corazón eran tan desacompañados, que se debía apoyar en una pared para no caer. «No, es mejor morir, morir de una vez», murmuraban sus labios, sin que él mismo se diera cuenta. De este modo anduvo vagabundeando mucho tiempo por las calles, hasta que una fuerte sensación de frío y humedad le hizo advertir que llovía a cántaros. Volvió a la realidad y se encaminó hacia su casa. Poco antes de llegar se encontró con el portero quien, supuso, le había estado observando con curiosidad; pero, al notar que el joven le había descubierto, continuó su camino.

Ordinov corrió hasta alcanzarle.

—Buenos días. Dime, ¿cómo te llamas?

—Me llaman «el portero» —contestó el tártaro, con una sonrisa socarrona.

—¿Hace mucho que estás aquí, portero?

—Tengo que pensarlo.

—Vivo en el piso del señor Murin. Mi patrón, ¿es realmente rentista?

—Si él lo ha dicho, lo será.

—¿Pero no se ocupa en nada?

—¿Si no se ocupa en nada? Se ocupa en vivir. Está enfermo, reza, y nada más.

—Esa joven, ¿es su esposa?

—¿Qué joven?

—La que vive con él.

—Si él lo ha dicho, lo será. Adiós, señor.

El tártaro hizo un ligero saludo tocándose la visera de la gorra con la mano, y se metió en su cuchitril, junto a la puerta de entrada.

Ordinov subió la escalera que conducía a su habitación. La vieja, temblando, le abrió la puerta y, después de refunfuñar algo en voz baja, la cerró y fue a instalarse junto a la estufa, donde, al parecer, pasaba la mayor parte del día. Empezaba a oscurecer. Ordinov quiso pedir cerillas a sus patronos, pero éstos se hallaban en su cuarto, con la puerta cerrada. Entonces llamó a la vieja, quien, incorporándose un poco, le observaba por encima de la estufa, vigilando sus movimientos junto a la puerta de los señores. Sin decir palabra, le arrojó una caja de fósforos.

Ordinov volvió a su cuarto y cogió sus libros. Poco a poco le invadió un extraño estado de ánimo y, sin darse cuenta, se sentó sobre la cama. Luego le pareció que estaba durmiendo. En ocasiones se despabilaba, y en un estado de semiinconsciencia, adivinó que su pesadez no era producto del sueño, sino que estaba dominado por una especie de abandono morboso y agobiante. Una vez oyó que llamaban a la puerta, y luego que ésta se abría. Pensó que serían los patronos que regresaban del oficio vespertino. Entonces se le ocurrió que podía salir a su encuentro con el pretexto de pedirles algo. Se levantó de la cama y fue hacia allá —es decir, le pareció que se levantaba y que iba—, pero de repente tropezó y cayó sobre un montón de leña que la

vieja había dejado en la mitad de la estancia. A partir de aquel instante perdió la conciencia de cuanto ocurría, y, posteriormente, transcurrido muchísimo tiempo —según él creía—, al abrir los ojos, se sintió sumamente sorprendido al advertir que se encontraba en el mismo sitio, en la cama, completamente vestido. Una joven de seductora belleza, con una expresión de maternal inquietud, plácida y tranquila, se inclinaba sobre él. Notó que le colocaba una almohada debajo de la cabeza y le cubría con algo cálido, y sintió una mano suave que se posaba sobre su frente ardorosa. Quiso darle las gracias, besar aquella mano, llevársela a sus labios que ardían, regarla con sus lágrimas y besarla; estar besándola toda una eternidad. También deseó hablarle, decirle muchas cosas, pero ni él mismo sabía qué. ¡Oh, lo que habría dado por morir en aquel preciso instante! Pero tenía los brazos pesados como el plomo y no podía moverlos. Le pareció haberse quedado mudo y no podía articular palabra; se limitó a sentir cómo la sangre corría violentamente por sus venas, hasta el punto de creer que le levantaban en vilo. Alguien le dio agua. A continuación volvió a caer en una profunda inconsciencia.

Al día siguiente, se despertó a las ocho de la mañana. A través de los cristales verdosos de las ventanas, divisó un magnífico sol. El enfermo experimentaba en todos sus miembros una deliciosa sensación de bienestar. Estaba tranquilo, y era inmensamente feliz. Tenía la impresión de que había alguien a su cabecera, muy cerca de su almohada. Y mientras recobraba por completo su lucidez, pensaba en salir al encuentro de su nueva amiga, de aquella encantadora criatura, para decir por primera vez en su vida: «Buenos días, mi bien; muchas gracias».

—¡Cuánto has dormido! —dijo de pronto una agradable voz femenina.

Ordinov miró a su alrededor; alguien se acercaba a su cama y se inclinaba sobre él con una dulce y afectuosa sonrisa. Era el rostro de su patrona.

—¡Qué enfermo estuviste! —continuó—. Pero ahora ya estás bien. ¿Por qué no haces uso de tu libertad, que es mejor que el pan y más hermosa que el sol? ¡Anda, levántate, arriba!

Ordinov le cogió una mano y la estrechó convulsivamente. Creía que aún estaba soñando.

—Espera, te he preparado té. ¿Quieres un poco? Bébelo; verás cómo te sienta bien. Yo también estuve enferma, y sé lo que es eso.

—Sí, dame el té —dijo Ordinov con voz apagada; trató de incorporarse y al fin lo logró.

Se sentía aún muy débil, como molido. Un escalofrío le recorrió toda la espalda y le hizo estremecer. Pero sentía cálido el corazón, como si penetraran en él los rayos del sol, radiantes y alegres. Tenía la impresión de que iba a comenzar una vida nueva y sólida. Por un instante, hasta sintió vértigos.

—Te llamas Vasili, ¿verdad? —preguntó ella—. Es decir, si no he oído mal. ¿No te llamó ayer con ese nombre mi señor?

—Sí, me llamo Vasili. Y tú, ¿cómo te llamas? —preguntó a su vez Ordinov,

esforzándose por aproximarse a ella.

De pronto se tambaleó. Ella, sonriente, le cogió de ambas manos.

—¿Yo? Katerina —y se quedó mirándole con sus radiantes ojos azules.

Continuaban con las manos cogidas.

—¿Quieres decirme una cosa? —le preguntó ella, después de una corta vacilación.

—No sé... —al joven le parecía que se le nublaba la vista.

—¡Qué raro eres! Mira, has de ser bueno. No te enfades ni estés triste; ven, siéntate aquí, que da el sol y te calentará. Así; ahora quédate quieto. ¡No vengas detrás de mí! —añadió al ver que el joven hacía un movimiento para retenerla—. Volveré pronto, y podrás estar conmigo todo el tiempo que quieras.

En efecto, volvió rápidamente trayéndole el té, y se sentó delante del joven.

—Anda, bebe. ¿Te duele todavía la cabeza?

—No, ya no me duele —contestó Ordinov—; es decir, no lo sé, tal vez sí me duele. No, no quiero..., ya está bien, ya está bien. ¡No sé lo que tengo! —exclamó, mientras le palpitaba fuertemente el corazón, y buscó, afanoso, las manos de ella—. Quédate aquí, no te vayas. Da... me otra vez la mano... Se me nublan los ojos... Tú eres el sol para mí —dijo, como si le costara esfuerzo articular las palabras y, sin embargo, sentía un verdadero placer en poder hablarle. Se sentía arder y, al mismo tiempo, un nudo ahogaba su garganta, hasta que al fin rompió aquella tensión con unos sollozos apagados y convulsivos.

—¡Pobre! ¿Has vivido hasta ahora entre gente mala? ¿O estás completamente solo en el mundo? ¿No tienes familia?

—No, no tengo a nadie..., estoy solo del todo..., pero, deja eso..., ¡qué importa! Ya estoy mejor..., ya estoy bien...

Parecía delirar, y la habitación le daba vueltas.

—Yo también he pasado años enteros sin ver a nadie.

Y después de una pausa, añadió de improviso:

—Oye, me parece que me miras de una manera...

—¿Cómo?

—Pues como si bebieras en mis ojos. Cuando amamos a alguien... Te llevo en mi corazón desde la primera vez que te oí hablar. Si enfermaras, yo te cuidaría. Pero tú no te pondrás mal, ¿verdad? Te pondrás bien y entonces viviremos los dos juntos como hermanos. ¿Quieres? Es difícil encontrar un hermano cuando Dios no nos lo ha dado.

—¿Quién eres tú? ¿De dónde has venido? —murmuró Ordinov.

—¡Oh! Yo no soy de aquí, pero, ¿qué más da? Mira: hay un cuento que tal vez conozcas, que habla de doce hermanitos que vivían en un bosque oscuro y de una linda muchacha que en cierta ocasión se perdió en el bosque. Y fue a parar a casa de los doce hermanitos y les arregló la casa y se la limpió, y todo lo hacía con mucho amor. Bueno, cuando volvieron los doce hermanitos, vieron que tenían una hermana,

y le pidieron que se quedara a vivir con ellos. Y ella accedió a sus súplicas. Los doce la llamaban hermanita y no la molestaban lo más mínimo, y ella repartía sus atenciones entre todos ellos. ¿No has oído nunca ese cuento?

—Sí, lo he oído —contestó Ordinov con voz apagada.

—¿Verdad que la vida es maravillosa? ¿No te alegras de vivir?

—¡Oh, desde luego! ¡Vivir una eternidad! ¡Vivir mucho! —fantaseó Ordinov.

—No sé —dijo Katerina con aire pensativo—, pero supongo que hasta la muerte debe de ser buena. ¡Sin embargo, lo que sé es que la vida sí es estupenda! Vivir, amar, tratar con cariño a las personas buenas... Te has puesto pálido.

—Sí, siento mareos.

—Espera, voy a buscar mi almohada y mi cobertor y te haré la cama. Luego te acuestas y te pones a soñar conmigo. Verás cómo se te pasará todo. También nuestra vieja está enferma.

Se puso a hacer la cama, sin dejar de charlar, volviéndose de vez en cuando para mirar de soslayo a Ordinov.

—¡Cuántos libros tienes! —dijo, después de haber terminado su tarea, destapando a medias el baúl.

Fue a buscar el cobertor; al volver, se aproximó a Ordinov y, sosteniéndole por el brazo, le condujo hasta la cama, levantando un poco las almohadas para que pudiera apoyar bien la cabeza; después le cubrió con la manta.

—Dicen que los libros corrompen a los hombres —continuó ella, y movió la cabeza en actitud pensativa—. ¿Te gustan mucho los libros?

—Sí —repuso Ordinov como en sueños. Y para asegurarse de que todavía estaba despierto, buscó la mano de Katerina y la estrechó entre las suyas.

—Mi amo tiene muchos libros, ¡muchísimos! ¡Así! —y separó las manos todo lo que pudo—. Dice que son libros sagrados. Y siempre me lee algo de ellos. Ya te los enseñaré algún día. ¿Quieres que te diga lo que me lee?

—Dímelo —murmuró Ordinov sin apartar los ojos de la muchacha.

Ella guardó silencio unos instantes, y luego preguntó:

—¿Te gusta rezar? Mira, yo tengo siempre mucho miedo.

No sabía explicarse, y parecía pensar en otra cosa mientras hablaba Ordinov se llevó la mano de ella a sus labios.

—¿Por qué me besas la mano? —preguntó la joven, sonrojándose levemente. Luego, rompió a reír—. ¡Bueno, anda, puedes besarlas! —y le tendió ambas manos. Después, retirando una de ellas, la pasó por la ardorosa frente del joven y le hizo una caricia; le alisó el cabello y se sonrojó aún más. Por último, se arrodilló junto a su cama y apoyó sus mejillas en las de su amigo. Ordinov sintió primero el cálido soplo de su aliento, y luego algo ardiente que le corría por el rostro: eran sus lágrimas. La muchacha estaba llorando. Ordinov quiso decirle algo, pensar, al menos, en lo que estaba pasando, pero cada vez se sentía más débil; no podía mover ningún miembro. En aquel instante, alguien llamó a la puerta y se oyó descorrer el cerrojo. Ordinov se

dio cuenta de que el viejo, su patrón, había entrado en la casa. Y después percibió que Katerina se levantaba, aunque muy despacito, sin el menor temor, y tras hacerle la señal de la cruz, sobre la frente, se fue. Ordinov cerró los ojos y permaneció así hasta que un beso de fuego le quemó los labios, y sintió como una puñalada en el corazón. Quiso gritar, pero perdió el sentido.

A partir de aquel momento empezó para él una rara existencia, una vida de ensueño, como las que suelen producir la enfermedad y la fiebre. En ocasiones, durante algunos momentos de vaga lucidez, le parecía que le habían condenado a vivir un sueño largo, interminable, lleno de extraños sobresaltos, luchas y tristeza. Entonces intentaba, con indignación y rebeldía, oponerse a aquel destino que parecía implacable; pero en el momento crucial de la lucha, en el trance más desesperado, se sentía aplastado por una fuerza enemiga. Entonces, perdía el sentido otra vez, y se hundía en medio de unas tinieblas impenetrables y misteriosas. Hasta le parecía escuchar su propia voz, gritando su desesperación y su tortura, mientras caía en aquella abierta sima. Pero había también momentos de una dicha casi insoportable, arrolladura, como muy pocas veces la experimenta el ser humano. Momentos en los que nos sentimos elevados a una esfera superior en la que se nos revela todo el pasado con claridad y coherencia; y la sola presencia en aquella luz, aunque sea breve, produce un sentimiento de triunfo y de alegría clamorosa y vibrante, e incluso el desconocido porvenir aparece ante nosotros claro y manifiesto. Sin que podamos explicar la causa, nuestra alma se siente invadida por una dicha inefable, y querría gritar de alegría. Pero nos damos cuenta de que la carne es débil e impotente ante la furia de las impresiones, y la nueva vida se nos antoja como algo posible sólo después de la resurrección.

Luego volvía a caer en un estado de semiinconsciencia, en el que su imaginación revivía todas las impresiones recibidas en los últimos días, como si fuesen cuadros borrosos. Después se olvidaba de todos los sucesos recientes y se maravillaba de no encontrarse en su habitación de antes, con su antigua patrona. No comprendía por qué no iba aquella buena anciana a calentarse junto a la estufa, donde todavía ardían las últimas ascuas; le parecía ver aún el débil y vacilante reflejo del fuego en la pared del cuarto. Se extrañaba de que la vieja no viniese a calentar sus flácidas manos ante la estufa, como solía, refunfuñando algo para sus adentros, como hace siempre la gente vieja, y mirando de vez en cuando de soslayo a su extraño huésped, que «no acababa de gustarle del todo», por esa manía de andar siempre con los libros, como ella decía. Después se acordaba de que se había mudado a otra casa, aunque sin poder explicarse el motivo, a pesar de poner todo su esfuerzo en ello. Con frecuencia creía oír en su habitación leves pisadas que se acercaban hasta su cama, y una voz dulce y suave murmuraba tiernas palabras en su oído. Tendía la mano hacia una sombra, y le parecía sentir en el rostro un soplo de aliento. Un maravilloso sentimiento de amor le invadía hasta lo más profundo de su alma, y ardientes lágrimas corrían por sus cálidas mejillas. Alguien posaba en sus labios un suave y suplicante beso; era como si un

dolor punzante e inmenso le arrancase la vida; le parecía que todo se detenía y moría a su alrededor, para siempre, como si sobre todas las cosas cayese una noche larga, infinita.

En otras ocasiones, revivía los años de su niñez, despreocupados y felices. Incluso le parecía ver la casa de campo en la que nació y las jugosas praderas y campiñas por las que había corrido, ya mayor, cortando flores. Creía ver todo eso, hasta que surgía ante él una figura cuya presencia le infundía un terror más que infantil, llenando su alma de tormento y de lágrimas. Era como si aquel extraño viejecito tuviera en su poder toda su vida futura. A pesar de su espanto, no podía apartar la mirada de él; el viejo le seguía a todas partes, salía de detrás de los árboles y arbustos, haciéndole muecas y gestos de burla, e incluso ejecutaba diferentes piruetas, cambiando continuamente de forma en cada una de ellas, hasta que al fin, como un gnomo, se sentaba en el cuello de un caballito, y desde allí le miraba, sin cesar de reírse. También estaba en el colegio, sentado entre sus compañeros de clase o escondido debajo de un banco. Cuando levantaba las cubiertas de un libro, volvía a encontrarlo, con su mirada fija y hostil. Cuando dormía, el maldito hombrecillo se sentaba en el borde de la cama y se pasaba la noche murmurándole un cuento prodigioso, del que no entendía una sola palabra por más que aguzase el oído, pero que no por ello dejaba de llenar de espanto su corazón infantil. Otras veces se imaginaba a sí mismo ya un hombre, y entonces se sentía agobiado por los recientes acontecimientos de su vida. Sabía dónde se encontraba en aquel momento, sabía también que estaba solo en el mundo, entre gentes extrañas y sospechosas que —y aquí comenzaba nuevamente el sueño— se deslizaban furtivamente por su habitación, murmurando por los rincones y haciendo guiños a la vieja, que otra vez volvía a estar junto a la estufa, calentando sus esqueléticas manos, haciendo gestos de complicidad y señalando hacia la cama donde él yacía. Aquello le excitaba y trastornaba; quería averiguar quiénes eran aquellos seres, qué buscaban en su habitación y para qué habían ido hasta allí; finalmente pensaba que había ido a parar a una cueva de bandidos, donde estaba en manos de un poder desconocido, ignorado, puesto que no había tenido la precaución de averiguar en qué casa se metía, ni había estudiado detenidamente a sus patronos. Aquella incertidumbre le torturaba, aumentando su ira, y de nuevo, en la oscuridad de la noche, le parecía oír el cuento susurrado. Pero el que lo contaba todo no era el viejo, sino una viejecilla pequeña y extraña, puesta en cuclillas delante de la estufa, rezongando con voz muy queda, ante las trémulas llamas de la lumbre, mientras movía su cabeza encanecida. Y de pronto, vislumbraba nuevas visiones de espanto; aquel cuento susurrado, que apenas escuchaba y no entendía en absoluto, comenzaba a representarse ante sus ojos. Y el joven, con terror, veía rostros y escenas de todo cuanto le había ocurrido en su vida, incluso veía escenificados sus pensamientos y ensueños; hasta lo que había leído en los libros y muchas cosas olvidadas surgían ante él en forma de cuadros gigantescos, que danzaban a su alrededor. Y en medio de aquel tumulto de visiones extrañas y desproporcionadas, sentía que se moría,

convirtiéndose en polvo y ceniza, que se moría para siempre, sin posibilidad de resurrección. Quería huir, pero no encontraba en el mundo un solo sitio donde esconderse. Entonces, en medio de una gran desesperación, reuniendo todas sus fuerzas, lanzaba un grito inhumano, eso creía, y despertaba.

Tenía todo el cuerpo empapado en sudor. En la habitación reinaba un silencio absoluto; era de noche. Y, sin embargo, le parecía escuchar aún el relato de aquel cuento absurdo que no entendía, como si alguien murmurara algo que le resultaba vagamente conocido, algo de bosques sombríos y osados bandoleros, de un antiguo capitán de bandidos; es decir, como si le estuviesen hablando del propio Stenka Razin, el héroe cosaco, y después de alegres bohemios y de despreocupados vagabundos, y de una linda joven y de la madrecita Volga. ¿Era aquello un nuevo sueño? ¿O estaba despierto? Permaneció durante una hora con los ojos abiertos y completamente rígido, sin mover un solo miembro. Por último, y con mucho cuidado, trató de levantarse, comprobando con alegría que no le faltaban las fuerzas. Había cedido la fiebre, con todas sus visiones, y ahora empezaba de nuevo para él la vida real. Se dio cuenta de que continuaba vestido, igual que cuando hablara con Katerina, y de ello dedujo que no podía hacer mucho tiempo que ella le había dejado. Se apoderó de él una brusca decisión y notó que le crecían las fuerzas. Al tocar la delgada pared, sus manos tropezaron con una alcayata, que habría sido puesta allí por algún motivo. Asiéndose a ella, se incorporó, descubriendo entre las finas tablas del tabique unas rendijas casi imperceptibles, por las que se filtraba un tenue rayito de luz. Aproximándose, miró por aquella rendija y contuvo el aliento.

Se veía una cama, en un rincón del otro cuarto, que tenía una mesa delante, cubierta con un tapete de Bujara, y encima de la cual se amontonaban gruesos libros viejos, encuadernados, al parecer religiosos. En otro rincón había un icono arcaico, como el que se hallaba en el cuarto de Ordinov, y también ardía ante él una lamparilla. En la cama estaba acostado Murin, cubierto con una manta de piel, y parecía enfermo, con una palidez mortal en el rostro. Sobre las rodillas tenía un libro abierto. Junto al lecho, sentada en un pequeño taburete, estaba Katerina abrazada al viejo; lo estrechaba fuertemente contra su pecho. Lo contemplaba con atención, y en sus ojos se descubría una admiración infantil; parecía seguir con curiosidad insaciable y gran expectación el curso de su relato. De vez en cuando, la voz del narrador se elevaba, y su lívido rostro parecía cobrar mayor vida; centelleaban sus ojos, fruncía el ceño, se estremecían sus labios, y Katerina palidecía ligeramente de susto e inquietud. Luego aparecía en el rostro del anciano algo semejante a una sonrisa, y Katerina reía quedamente. En otras ocasiones brotaban lágrimas de sus ojos, y se apretujaba amorosamente contra el pecho del anciano, mientras éste le acariciaba tiernamente la cabeza.

En un principio, Ordinov pensó que aún estaba soñando, y, efectivamente, llegó a creerlo. Pero la sangre le subió a la cabeza y las sienas le martillearon dolorosamente, como si se le fuesen a reventar las venas. Soltó la alcayata en la que estaba apoyado,

y levantándose del lecho, tambaleante y a tientas, como un sonámbulo, comenzó a pasearse por la habitación, sin saber a punto fijo qué estaba haciendo y presa de una excitación inexplicable. Finalmente, se acercó a la puerta del cuarto vecino y golpeó con todas sus fuerzas; descorrieron el herrumbroso cerrojo y la puerta se abrió con estrépito. Ordinov adelantó un paso en la alcoba de sus patronos. Katerina le miró asustada, y los ojos del viejo, por debajo de sus fruncidas cejas, lanzaban rayos de cólera; algo así como una terrible ira marcaba las facciones de su rostro. Se dio cuenta, también, de que el viejo, sin apartar de él la mirada, buscaba con mano torpe una gran pistola que colgaba de la pared. Cuando la tuvo entre sus manos, le apuntó al pecho con mano vacilante. Sonó un disparo, seguido de un grito salvaje, casi inhumano.

Cuando el humo se hubo disipado, se ofreció ante los ojos de Ordinov un espantoso espectáculo. Murin yacía en el suelo, presa de terribles convulsiones, echando espuma por la boca. En su rostro crispado, sólo podían distinguirse sus ojos, que estaban en blanco. Ordinov comprendió que al desdichado le había sobrevenido un grave ataque, y tanto él como Katerina se arrodillaron a su lado, con intención de prestarle socorro.

III

NERVIOSOS Y PREOCUPADOS, pasaron la noche junto a la cama del enfermo. Al día siguiente, aunque todavía no se había repuesto del todo de su enfermedad, Ordinov salió muy temprano. En la puerta de la calle, se encontró con el portero, quien esta vez se dignó saludar desde lejos, envolviéndole en una curiosa mirada. Después pareció pensarlo mejor y se puso a barrer apresuradamente, aunque sin dejar de observar a Ordinov, que se estaba acercando.

—Oye, ¿no has oído nada esta noche? —preguntó Ordinov—. ¿Quién es ese hombre?

—Eso el que tiene que saberlo es quien le alquiló el cuarto. No es de mi incumbencia.

—Por todos los diablos, contesta directamente cuando te pregunten —replicó Ordinov sin poder ocultar el nerviosismo que le embargaba.

—¿Qué quiere que le diga? Yo no tengo la culpa. La culpa la tiene usted, que le asustó. Abajo vive el constructor de ataúdes, que nunca oye nada, pero que esta vez sí ha oído, y su mujer, que es sorda, lo ha oído también, y hasta en el otro portal, que está bastante alejado, también lo han oído. ¡De modo que ya ve! No tengo más remedio que dar parte a la policía.

—No te molestes, que ahora voy hacia allá —dijo Ordinov, encaminándose hacia la puerta.

—Después de todo, fue usted quien se arregló con él. ¡Señorito, señorito, espere! —dijo el tártaro.

Ordinov se volvió para mirarle, y el portero se llevó la mano respetuosamente al gorro.

—¿Qué quieres?

—Si usted sale, yo subo al piso.

—¿Para qué?

—Sí, es mejor que salga.

—Eres tonto —dijo Ordinov, y dio media vuelta para dirigirse de nuevo a la puerta.

—¡Espere, señor, espere! —el portero volvió a llevarse la mano a la gorra, y murmuró un tanto avergonzado—: Señor, permítame darle un consejo; tenga paciencia. ¿Por qué denunciar a un pobre hombre? Eso, ya sabe que es pecado. Dios manda también que no... ¡Ya lo sabe de sobra!

—Bueno... Ven acá, toma. Y dime de una vez quién es ese hombre.

—¿Quién es?

—Sí.

—Eso se lo puedo decir sin necesidad de que me dé nada.

Y al pronunciar estas palabras, cogió de nuevo la escoba, dio dos o tres escobazos mirando a su alrededor, y a continuación, fijando la vista en Ordinov con aire de importancia, le dijo:

—Él es..., ¿comprende? —e hizo un gesto característico cuyo sentido escapó a Ordinov.

—¿Qué?

—Un loco.

—¿Cómo?

—Como se lo digo. ¡Yo sé muy bien lo que hablo! —continuó en tono misterioso—. Está enfermo. Tenía barcas, cuatro barcas que bogaban por el Volga; porque, ¿sabe?, yo soy de allí. Y tenía además una fábrica y se le quemó. ¡Desde entonces, está así!

—¿De modo que está trastornado?

—¡No, hombre, no! Trastornado del todo no lo está. Es un tío muy listo. Sabe un montón de cosas, pues ha leído muchos libros, y, además, dice la buenaventura. Así que..., viene uno: dos rublos, tres rublos, cuarenta rublos, según le dé. Abre el libro y va diciendo a cada uno todo lo que desea saber. Pero primero le tienen que poner el dinero encima de la mesa. ¡Sin dinero, ni pensarlo!

El tártaro se rió de buena gana al pensar en la astucia de Murin.

—¿De modo que dice la buenaventura y adivina el porvenir?

El portero asintió con la cabeza, dándose aires de importancia mientras añadía:

—Y todo lo que dice, resulta cierto. ¡Reza mucho, no para de rezar! Para eso, ya se sabe, hay que estar en vena —agregó el tártaro con un gesto enigmático.

Alguien le llamó en aquel momento desde el otro patio, y al mismo tiempo apareció un viejecito, pequeño y encorvado, que iba envuelto en una piel. Andaba despacio, como si temiese resbalar a cada paso, y venía tosiendo y refunfuñando algo para sus barbas ralas y grises. Aquel anciano, a fuerza de años, parecía haber vuelto a la niñez.

—¡El casero! —murmuró apresuradamente el tártaro, haciendo una ligera seña a Ordinov. Luego se quitó la gorra y acudió solícito al encuentro del anciano, cuyo rostro resultó conocido a Ordinov, como si recordara que lo había visto hacía poco. No obstante, el joven pensó que ese detalle no tenía nada de particular, y se apresuró a dejar el patio. Mientras se iba, pensaba, convencido, que el portero era un mentiroso. «¡Ese tío me ha querido tomar el pelo! —pensó—. ¡Quién sabe lo que habrá de realidad en todo lo que ha dicho!».

Y con estas reflexiones, salió a la calle. Los últimos acontecimientos, sin embargo, ocuparon en seguida un lugar preferente en su imaginación. Por otra parte, aquellos pensamientos no resultaban en absoluto agradables. Era un día gris, frío, y caían ligeros copos de nieve. Ordinov comenzó a experimentar nuevamente escalofríos. Le parecía que el piso temblaba bajo sus pies. De pronto, oyó una voz

conocida que le saludaba en tono sumamente afectuoso.

—¡Yaroslav Ilich! —exclamó Ordinov.

Frente a él se encontraba un individuo de aspecto saludable, mejillas enrojadas, y que, por su aspecto, aparentaba unos treinta años. Todo su rostro era una enorme sonrisa, y en él destacaban dos ojillos grises y penetrantes. Iba vestido..., bueno, como siempre vistió Yaroslav Ilich. Sin dejar de sonreír, tendió cariñosamente la mano a Ordinov.

Este le había conocido casualmente, hacía más o menos un año, como quien dice, en la calle. Lo que más influyó en aquel conocimiento, fue la especial predilección que sentía Yaroslav Ilich por tratar con personas célebres, especialmente literatos, escritores conocidos o simples noveles prometedores. Aunque el tal Yaroslav Ilich poseía una voz muy suave, sabía adoptar en el curso de una conversación un tono sonoro, enfático y jovial, que tenía, realmente, un no sé qué de impresionante, como si de repente hubiese adquirido un aire de superioridad que no admitiese réplica.

—¿Qué haces por estos andurriales? —exclamó Yaroslav Ilich con una expresión de alegre cordialidad ante aquél inesperado encuentro.

—Es que vivo aquí.

—¿Desde cuándo? —preguntó Yaroslav Ilich, elevando sin querer la voz, debido a la sorpresa—. ¡Y yo sin enterarme! ¡Pero, hombre, si somos vecinos! Yo también vivo aquí. Es decir, por aquí cerca. Hace un mes, he vuelto del Gobierno de Riazán. ¡No sabes cuánto me alegro de haberte encontrado! —Y Yaroslav Ilich no dejaba de reír con su risa bonachona. De pronto se volvió hacia otra persona que le seguía y exclamó—: Sergeiev, espérame en casa de Tarasov, pero sin tocarme ningún saco, ¿eh? Y das una buena reprimenda al portero y le dices que se vaya inmediatamente a la tienda. Dentro de una hora estaré allá.

Y tras dar este encargo, cogió amistosamente el brazo de Ordinov y lo llevó hasta la taberna más próxima.

—Bueno, eso ya está solucionado. Pero hablemos de nuestras cosas... ¡Hace tanto tiempo que no nos veíamos! En primer lugar, dime, ¿cómo van tus trabajos? —le preguntó, bajando la voz, y casi con respeto, como lo haría un amigo verdaderamente interesado por los asuntos del otro.

—¿Qué te voy a decir? ¡Sigo en lo mismo que antes! —repuso Ordinov con aire abstraído, pues en aquél momento tenía la mente ocupada en otro pensamiento.

—¡Eso está bien, Vasili Mijailovich, en eso te reconozco! ¡Esto es lo que se llama consagrar la vida a una idea! —y al hablar así, apretó fuertemente la mano de Ordinov—. ¡Dios te conceda éxito en tu empresa! ¡Caramba, cuánto me alegro de que nos hayamos encontrado! Tú eres una persona diferente de las demás. ¡Cuántas veces, estando allá, me acordé de ti! Y me preguntaba: «¿Dónde estará ahora y qué hará nuestro genial e intelectual Vasili Mijailovich?».

Yaroslav Ilich pidió un reservado para él y su amigo, y encargó una comida con vino y todo lo demás.

—He leído mucho durante este tiempo —continuó imperturbable, con su halagadora sonrisa y en tono humilde—. En primer lugar, la obra completa de Pushkin.

Ordinov le miró distraído.

—Sí, realmente, no se puede negar: describe admirablemente las pasiones humanas. Pero, ante todo, permíteme que te exprese mi gratitud. Has hecho tanto por mí, explicándome tu manera de pensar, tu ideología, por así decirlo...

—Hombre, por favor.

—No, no, no me contradigas. A mí me gusta ser justo con todo el mundo. Y estoy muy orgulloso de que, por lo menos, ese sentido de la justicia no se haya enfriado en mí.

—Permíteme que te diga que eres injusto contigo mismo y que yo, realmente, ignoraba...

—No, por el contrario, soy muy justo —le contradijo Yaroslav Ilich con vehemencia—. ¿Qué soy yo, en comparación contigo? Nada, ¿acaso no es cierto?

—Hombre, te ruego...

—Di que tengo razón.

Siguió una breve pausa.

—Pero, siguiendo tu consejo, he abandonado las malas compañías. Las malas costumbres —añadió después Yaroslav Ilich en el mismo tono—. Cuando no tengo que trabajar en la oficina, por regla general me voy a casa y me quedo leyendo libros de provecho. En verdad te digo que no deseo sino una sola cosa, Vasili Mijailovich; poder ser útil a mi patria, dentro de mis posibilidades...

—Que no son escasas.

—¿Tú crees? Dios es testigo de que viertes bálsamo sobre mis llagas, noble amigo.

Yaroslav Ilich estrechó fuertemente la mano de Ordinov, en señal de gratitud.

—¿No bebes? —preguntó al apaciguarse un poco.

—No puedo, estoy enfermo.

—¡Enfermo! ¿Cómo es eso? ¡No es posible! ¿Hace mucho tiempo? Pero, hombre, ¿cómo ha sido? Vamos a ver, ¿qué médico te visita? Si quieres, ahora mismo busco a mi médico y lo traigo en el acto. ¡Te aseguro que es realmente notable!

Y al decir esto, Yaroslav Ilich estuvo a punto de coger su sombrero para salir disparado.

—No, gracias, pero no es preciso —atajó Ordinov—. No me someto a ningún tratamiento; y los médicos me son poco simpáticos.

—¿Pero qué dices, hombre? Mi médico es un hombre muy inteligente —afirmó Yaroslav Ilich con convicción—. No hace mucho... Sí, vale la pena contarlo. No hace mucho, una vez que yo estaba en su casa, llegó un pobre cerrajero y le dijo que se había herido en la mano con la herramienta. «¡Póngamela buena, señor doctor!», le suplicó. Bueno, pues Semion Pafnutich vio que al pobre se lo estaba comiendo la

gangrena, y adoptó todas las medidas necesarias para amputarle la mano. Así lo hizo en mi presencia. Pero lo hizo con tal ele..., es decir, de un modo tan delicado, que yo..., te lo confieso, de no haber sido porque aquel desgraciado me inspiraba tanta compasión, habría experimentado un verdadero placer; claro que de índole científica. Bien, dime, ¿dónde y cuándo has cogido esa enfermedad?

—Al mudarme a mi nuevo alojamiento. Precisamente hoy es el primer día que me levanto...

—Sí, todavía no tienes buen aspecto. No has debido salir a la calle tan pronto. Pero ¿por qué te mudaste de donde vivías antes?

—Porque mi vieja patrona se marchó de San Petersburgo.

—¡Cómo! ¿Doña Savichna? ¿Es posible? ¡Una viejecita tan simpática! Si supieras..., yo sentía por ella algo así como un amor filial. Había algo majestuoso en su agotada existencia. Y al mirarla, uno creía ver en su persona las viejas y buenas costumbres pasadas. Quiero decir que tenía cierta..., sí, cierta poesía. Ya me comprendes —terminó Yaroslav Ilich algo confuso, y se sonrojó poco a poco, hasta que su rostro quedó cubierto de un intenso rubor.

—Sí, era una viejecita encantadora.

—Pero, permíteme que te pregunte, ¿adonde te has mudado?

—No lejos de aquí. A la casa de un tal Koschmarov.

—¡Ah! Le conozco. Es un anciano admirable. ¡Somos muy amigos, y puedo asegurarte que es realmente un buen viejo!

Era indudable que Yaroslav Ilich había encontrado un gran placer en poder hablar de aquel anciano y mostraba mucho empeño en asegurar que era amigo suyo. Pidió una copa más de licor y encendió un cigarrillo.

—¿Has tomado un piso para ti solo?

—No, vivo con otras personas.

—¡Ah! ¿Y quién es tu patrón? Quizá también le conozca.

—Se llama Murin. Es un hombre que vive de rentas. Un hombre viejo, muy corpulento...

—Murin... Murin... Espera... ¿Vive en el patio de atrás, encima del constructor de ataúdes?

—Exactamente.

—¡Hum! ¿Y estás tranquilo, allí?

—Hace muy poco tiempo que estoy en esa casa.

—¡Hum! Quería decir... ¿No te ha ocurrido con él nada de particular?

—¿En qué sentido? ¿Qué quieres decir concretamente?

—Nada..., nada... No me cabe duda de que estarás muy bien allí, si estás contento con la habitación. No es que tenga nada en contra, sólo que, como conozco tu carácter... Dímelo francamente, ¿cómo te va con el viejo?

—Hombre, creo que es un enfermo.

—Sí, está enfermo y sufre mucho. Pero, ¿no le has notado nada más? ¿No has

advertido en él nada raro? ¿Has hablado con él?

—Sólo algunas palabras. Da la impresión de que es un poco hosco, y no del todo bueno.

—¡Hum! —exclamó Yaroslav Ilich. Y tras un largo silencio, añadió—: ¡Un desdichado!

—¿Quién? ¿El viejo?

—Sí. Un hombre desgraciado y, además, muy extraño y estafalario. Sin embargo, si no se mete contigo... Perdona que te haya hecho estas preguntas, pero es que siempre me ha inspirado cierto interés.

—También a mí me ocurre eso. Me gustaría saber algo concreto sobre su persona, ya que, después de todo, vivo en su casa.

—Verás, lo único que yo sé es esto: por lo que dicen, ese hombre fue en otro tiempo enormemente rico. Era comerciante, como seguramente ya te habrán dicho. Pero luego tuvo que soportar numerosas calamidades y quedó en la miseria. Durante un temporal, se hundieron en el Volga, con todo su cargamento, muchas de las barcas que poseía. Tenía, además, una fábrica, que fue destruida por un voraz incendio, en el que pereció un empleado de su confianza que estaba a cargo de la dirección. Todo esto representó para él, como ya te puedes figurar, la ruina. Así que, según parece, Murin, a consecuencia de tantas catástrofes, quedó de tal manera afectado, que temieron por su razón. Y, realmente, en una disputa con otro comerciante que también poseía numerosas barcas, se comportó de un modo tan extraño, que sólo puede explicarse atribuyendo a Murin cierta enajenación mental, de la cual estoy plenamente convencido. He oído otros muchos detalles que confirman mi opinión. Y todavía hay algo más, algo que en realidad no tiene explicación, como no sea atribuyéndolo a la suerte.

—¿Y qué es? —preguntó Ordinov.

—Dicen que el viejo, probablemente en un ataque de locura, mató a un joven comerciante que era buen amigo suyo. Y después de lo ocurrido, ya en su sano juicio, le entró tal desesperación que quiso suicidarse. Al menos, eso es lo que dicen. Cómo acabó la cosa, es algo que no sé; pero lo que sí me consta es que desde entonces y hace ya de esto muchos años, no ha dejado de hacer penitencia. Pero ¿qué tienes, Vasili Mijailovich? ¿Acaso te impresiona mi relato?

—¡Oh, no! Continúa... Decías que hace penitencia. Pero no solo, ¿verdad?

—Eso no lo sé. Por otra parte, no creo que exista nadie más complicado en el asunto. Yo sólo sé...

—¿Qué? Habla.

—Sólo sé..., realmente, no tengo nada más que añadir. Lo único que puedo decir es que si alguna vez adopta una actitud rara, debe ser consecuencia de las numerosas penurias que ha tenido que soportar.

—Parece muy devoto. ¿O tal vez será hipocresía?

—No lo creo, Vasili Mijailovich. ¡Ha sufrido tanto! Yo le tengo por un hombre de

fe sincera.

—Pero, ahora ya no está loco, ¿verdad? A mí, por lo menos, no me da esa impresión.

—No, no lo está, no te quepa ninguna duda. Está completamente cuerdo. Sólo que, como tú mismo has observado, se ha vuelto muy devoto, incluso algo beato. Pero, en términos generales, como ya te he dicho, es un hombre muy inteligente. Habla muy bien, con mucho aplomo y, además, posee una gran imaginación. Pero lleva marcada en su semblante la terrible historia de su vida. Esta deja siempre sus huellas. La gente le tiene por un hombre muy raro y muy culto.

—No obstante, según creo, sólo lee libros religiosos.

—Sí. Es un místico.

—¿Cómo?

—Un místico. Pero que esto quede entre nosotros. También te diré (rogándote que no lo divulgues) que durante cierto tiempo estuvo sometido a estrecha vigilancia. Porque has de saber que ese hombre ejerce una gran influencia sobre quienes le visitan...

—¿Hasta qué punto?

—Hasta extremos difíciles de creer. Mira, antes vivía en otro barrio. Ya entonces tenía cierta fama, y un día, Aleksandr Ignatievich, un hombre muy rico, distinguido y notable, le fue a visitar en compañía de un teniente, por mera curiosidad. Llegaron a su casa, salió nuestro hombre a recibirlos y se les quedó mirando fijamente. Empezó, como hace siempre, por observar con toda atención los rostros de sus visitantes, antes de admitirles una conversación. Si el visitante no le resulta simpático, le despide sin demasiados miramientos. Empezó preguntando a aquellos dos señores qué deseaban. Aleksandr Ignatievich le respondió que podía adivinarlo en virtud de sus dones especiales y de su conocimiento de los hombres. «Está bien, pase a ese otro cuarto», le dijo el adivino. Desde luego, Aleksandr Ignatievich nunca explicó lo que en el otro cuarto oyera o le pasara. Pero cuando salió de allí, tenía la cara blanca como el papel. Más o menos lo mismo se cuenta de una dama de la buena sociedad de San Petersburgo. También ella salió de allí totalmente descompuesta y hecha un mar de lágrimas.

—Es raro. Pero ahora, ¿ha dejado esas prácticas?

—Se las prohibieron severamente. Sin embargo, hay otros hechos que contar. Por ejemplo, un joven alférez, hijo único de una distinguida familia, tuvo en cierta ocasión el atrevimiento de burlarse de él. «¿De qué te ríes? —le preguntó el viejo, irritado—. Dentro de tres días, estarás así». Y se cruzó las manos sobre el pecho, como acostumbran a estar los muertos en el ataúd.

—¿De veras? ¿Y qué?

—Yo no podría afirmarlo, pero dicen que la profecía se cumplió al pie de la letra. Tiene ese don, Vasili Mijailovich. Veo que tú no has dejado de sonreír durante mi tétrico relato. Ya sé que eres más culto que yo. Pero cree lo que te digo. No se trata de

ningún embaucador. Después de todo, en las obras de Pushkin encontrarás relatos semejantes...

—Hombre, no voy a negártelo... Pero según creo, no vive solo.

—No lo sé. ¡Ah!, sí, creo que vive con su hija...

—¿Su hija?

—Sí... No, espera, su mujer. Creo que es su mujer. Sólo sé que es una joven. La vi una vez de espaldas, y no me fijé demasiado.

—¡Hum! Es raro.

El joven se quedó pensativo. Yaroslav Ilich, por el contrario, se sumió en una agradable contemplación. El encuentro con Ordinov le había puesto en un excelente estado de ánimo, y le alegraba sobremanera haber podido contarle una historia tan interesante. Fumando indolentemente y apoltronado en su asiento, no dejaba de observar a su amigo. De repente, dio un salto, asustado.

—¡Santo Dios, ya ha pasado una hora! Con esta charla tan agradable, me olvidé de todo. Mira, Vasili Mijailovich, no sabes cuánto me alegra este encuentro casual, pero ahora discúlpame, debo echar a correr. ¿Me permites que vaya a visitarte a tu casa?

—¿Por qué no? Me causarás verdadero placer si lo haces. Quizá yo también te haga una visita, si tengo tiempo; es un tanto problemático.

—¿De veras? ¡Hombre, no sabes cuánto me alegraría! Me sentiría muy honrado.

Salieron de la taberna. Una vez en la calle, se tropezaron con Sergeiev, quien les anunció que de un momento a otro pasaría por allí William Yemelianovich. Los dos amigos echaron una ojeada en torno y efectivamente, vieron un elegante coche en el fondo de la calle, tirado por un par de caballos pardos. Yaroslav Ilich estrechó la mano a «su mejor amigo», como si quisiera estrujársela, y corrió hacia el coche del alto dignatario, volviéndose dos veces durante el trayecto para saludar con la mano.

Ordinov se sentía cansado y le parecía que todos sus miembros estaban entumecidos. Con gran dificultad, pues incluso le costaba trabajo andar, se fue a su casa. A la entrada se encontró nuevamente con el portero, que desde lejos había observado la despedida de Yaroslav Ilich, y que ahora se mostraba muy respetuoso. Ordinov pasó ante él sin dirigirle la palabra.

En la puerta del piso, tuvo un encontronazo con un hombrecito pequeño y canoso, que salía en aquel mismo momento de ver a Murin.

—Santo Dios, perdóname mis culpas —murmuró el joven, apartándose con cierta repugnancia.

—Usted perdone. ¿Le he hecho daño?

—No, señor. Gracias.

El hombrecillo bajó la escalera, refunfuñando y murmurando jaculatorias, mientras miraba cuidadosamente dónde ponía el pie. Era el casero, con quien el portero se había mostrado tan solícito. Y en aquel momento Ordinov recordó dónde había visto anteriormente a aquel sujeto. Había sido en casa del propio Murin, el día

en que se mudó a la nueva habitación.

Se encontraba nervioso y excitado por los últimos acontecimientos; era consciente, asimismo, de que su imaginación y su sensibilidad se hallaban alteradas y, teniendo en cuenta todo ello, se puso en guardia contra una posible ilusión de sus sentidos. Poco a poco le invadía una total apatía y soportaba un peso enorme en su corazón, cargado de indefinible nostalgia. Sentía que las lágrimas brotarían de un momento a otro, inundando su alma.

Se tumbó otra vez en la cama, recién hecha, y se puso de nuevo a escuchar. Desde el cuarto contiguo se distinguía con claridad la respiración de dos personas. Una era fuerte, aunque desigual y enfermiza; la otra, suave, apenas perceptible y también irregular, vacilante y excitada, cual si surgiera de un corazón henchido de un anhelo y una pasión idénticos a los suyos. De vez en cuando, percibía unos pasos suaves y discretos. El roce de las faldas de ella, y cada movimiento de sus pies, despertaba en él una vaga sensación, penosa y dulce al propio tiempo. Al fin, le pareció escuchar un leve sollozo, y luego una ardiente plegaria. Entonces tuvo la seguridad de que ella estaba arrodillada ante el icono, en actitud desolada. Pero ¿quién era ella? Y ¿por qué rezaba? ¿Qué desconsolada pasión le torturaba el alma? ¿Por qué se atormentaba y sufría, derramando aquellas lágrimas y estallando en aquellos terribles sollozos?

Comenzó a evocar todas y cada una de las palabras que ella le había dirigido y que aún vibraban en sus oídos como una música. Y cada una de ellas, al ser repasada *in mente*, provocaba en su corazón suaves palpitaciones. Por un momento le pareció estar soñando, pero al recordar el aliento caliente sobre sus mejillas y los besos de fuego, se estremeció hasta lo más profundo de su ser y creyó que moriría de nostalgia. Cerró los ojos y se puso a pensar en cosas placenteras. Un reloj dio la hora: era tarde. Anochecía.

De repente tuvo la impresión de que ella se inclinaba otra vez sobre él, de que aquellos prodigiosos ojos claros le miraban a través de las lágrimas, con una expresión de radiante dicha, tan puros y claros como el cielo en una calurosa noche de verano. Su rostro expresaba placidez y en su sonrisa había una mezcla de dicha, de compasión y de amor. Se apoyaba en su hombro con confianza. El joven sentía tanta felicidad, que dejó escapar un gemido.

Parecía que ella quisiera decirle algo, hacerle alguna confesión. De nuevo creyó percibir el eco de su voz, que le traspasaba el corazón. Aspiró con avidez el aire que ella caldeaba con su aliento y que llenaba, al propio tiempo, para él, de tensión eléctrica. Hizo un esfuerzo y abrió los ojos. Ella estaba delante de él inclinada sobre su rostro y temblando de excitación. Le decía algo, rezaba y tenía las manos juntas. Él la estrechó entre sus brazos, a los que ella, trémula, se abandonó.

IV

—¿QUÉ TE OCURRE? ¿Qué tienes? —preguntó Ordinov, que se había despertado de golpe, y la estrechaba cada vez más fuerte entre sus brazos—. ¿Qué te sucede, Katerina? ¿Qué tienes, amor mío?

Ella lloraba en silencio, ocultando su rostro en el pecho del joven. Estuvo un buen rato sin poder hablar. Le temblaba todo el cuerpo, como si hubiese visto algo que la hubiera asustado.

—No lo sé, no lo sé —pudo decir al fin, con voz casi inaudible, y paralizada por la angustia—; ni siquiera sé cómo he venido hasta aquí.

Y estrechándose más contra él, movida por un sentimiento irreprimible, no cesaba de besarle los hombros, los brazos, el pecho... Finalmente, en un arrebato de desesperación, se llevó las manos al rostro y cayó de rodillas.

Ordinov se levantó, intentando liberarse de la opresión que sentía, y la sentó a su lado. Entonces ella se ruborizó de vergüenza. Con una mirada que imploraba perdón y una confusa sonrisa en los labios, parecía querer decir que no intentaría combatir el poder de sus nuevos sentimientos, ya que toda lucha resultaría inútil. De improviso, pareció asustarse de algo; apartó a Ordinov con un gesto, desvió de él la mirada y, con la vista baja, contestó con un susurro vacilante a las atropelladas preguntas del joven, quien le estaba diciendo:

—¿Tuviste una pesadilla? ¿Te ha ocurrido algo desagradable? Habla, amor mío. ¿Acaso él te asustó? Tiene fiebre y delira. Quizá en medio de la fiebre haya dicho algo que tú no has entendido bien. ¿Dijo algo terrible? ¿Sí? ¿O fue todo un mal sueño?

—No. Yo apenas duermo —respondió Katerina, que casi no podía dominar su excitación—. No logro conciliar el sueño. Pero él estaba silencioso, y sólo me llamó una vez. Me acerqué a su cama y le hablé. ¡Tenía tanto miedo! Pero él no se despertó. ¡Estaba, tan enfermo, el pobre! ¡Dios le ayude! De pronto, tuve mucho miedo y me puse a rezar; entonces se me ocurrió venir a tu lado.

—Tranquilízate, Katerina, la culpa de todo la tiene el susto que te dimos ayer.

—No, yo no me asusté.

—¿No? Entonces, ¿te ha ocurrido después alguna cosa?

—Sí, hace un momento —y, estremeciéndose, se acurrucó junto a él, como una niña miedosa—. Mira, no creas que vine porque sí —dijo, cesando de llorar y estrechándole las manos con agradecimiento—, ni que la soledad se me haya hecho insoportable sin causa alguna. Pero, basta de llorar. No llores tú tampoco; ¿por qué has de hacerlo por los sufrimientos de una extraña? Guarda tus lágrimas para días peores, cuando te pese la soledad porque no tengas a nadie junto a ti. Dime, ¿no

tienes novia?

—No. Antes de conocerte, no tuve ninguna.

—¿Antes de conocerme? ¿Eso significa que me consideras tu novia?

Le miró asombrada; estuvo a punto de decirle algo, pero guardó silencio y bajó la vista. De pronto, se sonrojó. Los ojos, húmedos aún, le brillaban. Parecía asomar una pregunta a sus labios. Volvió a mirar al joven con cierta coquetería, y luego bajó de nuevo la cabeza.

—No, yo no puedo ser tu primer amor —dijo—. No —agregó pensativamente; y poco a poco regresó la sonrisa a sus labios—. No, niño —repitió—, yo no puedo ser tu novia.

Y se quedó contemplándole. En su semblante apareció tal expresión de sufrimiento y afloró en su rostro tal desesperación, que Ordinov experimentó una morbosa piedad por ese dolor desconocido de su amiga; y la miró, rebosante de lástima.

—Escucha lo que voy a decirte —prosiguió la muchacha, con una voz que a él le partía el corazón, y cogiéndole las manos, se las besó, como para sofocar las lágrimas que estaban a punto de brotar—. Escucha, niño mío, y no olvides nunca lo que te diré: domina tu corazón, y procura no amarme como me amas. Si lo consigues, podrás defenderte de un mal enemigo y granjearte el cariño de una hermanita buena. Yo seguiré viniendo a verte, si quieres; te acariciaré y no me avergonzaré de haberte conocido. Estaré contigo día y noche, como cuando tuviste fiebre. Pero debes aceptarme como a una hermana. No en balde hemos sido buenos el uno con el otro, y yo he rogado por ti a la Virgen, con lágrimas en los ojos. Busca por toda la tierra, incluso en los cielos; no encontrarás otra como yo..., créeme, no encontrarás otra novia que pueda amarte como yo, si es amor lo que deseas. ¡Oh, te amaré ardientemente, siempre te amaré como ahora te amo, porque tienes un alma pura y diáfana! Te amaré porque desde el primer momento en que te miré, comprendí que tú eras el huésped de mi casa, el huésped deseado y soñado: no sin motivo tú también habías deseado vivir entre nosotros. Yo te amaré, porque tu corazón habla de amor, a través de tus ojos. Y cuando tu mirada me habla, en seguida comprendo todo lo que se oculta en tu interior, y por ello daría la vida, sacrificaría toda mi libertad; porque es dulce ser esclava de quien nos ha dado el corazón. Mas mi existencia no me pertenece, es propiedad de otro, y ya tengo comprometida mi voluntad. No obstante, acéptame como hermana y sé para mí un hermano; ayúdame de todo corazón cuando me encuentre de nuevo en peligro. Pero evitarás que me avergüence al venir aquí y pasar toda la noche contigo, como ahora, ¿entiendes? ¿Ha comprendido también tu corazón? ¿Lo has comprendido todo bien?

Iba a añadir algo más; le miró a los ojos y puso la mano sobre su cuello, pero, como si fuera a desfallecer, dejó caer la cabeza sobre el pecho del amigo, sollozando, y su sufrimiento desbordó en llanto.

—¡Mi vida! —exclamó Ordinov, cuya excitación le nublaba la vista y le quebraba

la voz—. ¡Mi gloria! —murmuró, sin saber lo que decía, sin comprender sus palabras ni entenderse a sí mismo, con el temor de disipar todo el encanto y la embriaguez de sus sentidos, y de que desapareciera, como en un sueño, aquella realidad que lo rodeaba, semejante a una fábula—. No sé si te he comprendido, olvidé cuanto me dijiste; he perdido el juicio; ¡sólo siento el corazón, reina mía!

Tan grande era la emoción, que le falló la voz. Ella se estrechaba contra su cuerpo cada vez con mayor ardor. De pronto, casi con brusquedad, él se levantó y, tambaleándose, incapaz de dominarse por más tiempo, cayó de rodillas ante ella, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, y su voz temblaba por efecto de la fuerza de aquellas sensaciones, jamás experimentadas por él hasta entonces, como si fuese la vibración de una tensa cuerda situada en lo más hondo de su ser.

—¿Quién eres tú? ¿Quién eras antes? ¿De dónde viniste? ¿De qué cielo has caído para mí? ¿Es todo esto un sueño? No acabo de creer que seas real. No me digas que calle; deja que hable, que te lo diga todo. Desde hace tiempo tenía necesidad de hablar así. ¿Quién eres tú, alegría del alma? Dime, ¿cómo has llegado hasta mi corazón? ¿Hace ya mucho tiempo que eres mi hermana? ¿Dónde estuviste hasta ahora? Cuéntamelo todo, cuéntame. ¿Cuál fue tu vida anterior, dónde estuviste y a quién amaste allí? Dímelo todo, necesito saberlo. ¿De qué país eres? ¿Es el cielo allí igual que el nuestro? ¿A quién tenías a tu lado, quién era tu amor? ¿Pudiste sentir las caricias de tu madre, o te cuidó gente extraña? ¿Siempre has sido como ahora? Háblame de tus sueños y esperanzas, de los que conseguiste y de los que no lograste alcanzar. Cuéntamelo todo. ¿Quién fue el primero en conquistar tu corazón de mujer, a quién se lo entregaste? Dime qué precio debo dar yo por él, qué debo darte... por... ti. Dime, alma mía, sol mío, hermanita mía, ¿qué debo hacer para merecer tu corazón?

Se quedó sin aliento y apoyó la cabeza en el regazo de su amiga. Pero al levantar la mirada hacia ella, quedó sobrecogido de terror. Katerina estaba sentada, inmóvil y pálida como una muerta, mirando fijamente al vacío con ojos extraviados, mientras le temblaban los labios bajo el efecto de un dolor mudo e inexpresable. Se levantó con lentitud, anduvo unos pasos y se dejó caer a los pies del viejo icono. Como una loca, comenzó a proferir palabras ininteligibles, que a duras penas le salían del pecho. Parecía ausente de cuanto le rodeaba. Ordinov la levantó, la acostó en su cama y permaneció junto a ella, sumido en una gran inquietud.

Al cabo de un buen rato, ella abrió los ojos y trató de incorporarse. Miró con ojos inexpresivos toda la estancia, miró también al joven y le cogió una mano. Le atrajo hacia sí y movió los labios como para decir algo; pero no dijo nada. Por último se deshizo en llanto.

Quiso hablar; sin embargo, los sollozos ahogaron sus palabras. Luego levantó la cabeza y miró al joven con tal desesperación que él, sin entenderla, se aproximó aún más para no perder ningún sonido que ella pudiera articular. Finalmente, oyó que murmuraba con claridad:

—¡Soy una perdida! ¡Una perdida!

Ordinov levantó bruscamente la cabeza y la miró, aturdido. Por su mente cruzó un vulgar y odioso pensamiento. Y Katerina pudo ver su semblante contraído por el dolor.

—¡Sí, perdida! —exclamó—. ¡Un mal hombre me sedujo! ¡Él fue quien me corrompió! Yo le vendí mi alma. ¡Oh!, ¿por qué, por qué has hablado de mi madre? ¿Por qué has hecho que me acordara de ella? Dios te perdone.

Sus lágrimas fluían en silencio. El corazón del joven latía con tal violencia, que parecía pronto a estallar.

Ella continuó hablando, mas ahora en un tono misterioso, y conteniendo el aliento:

—Él dice que cuando se muera vendrá a buscar mi alma pecadora. Yo le pertenezco. Le he vendido mi alma. Y ahora no hace más que atormentarme y leerme cosas terribles de sus libros. ¡Mira, allí tiene el libro! ¡Allí! El dice que estoy en pecado mortal. Mira su libro. ¡Allí está!

Y señalaba, asustada, un grueso tomo en el que Ordinov no había reparado antes. No comprendía cómo había llegado hasta allí. Lo cogió mecánicamente. Era un antiguo libro piadoso, ilustrado con magníficas láminas que el joven ya había tenido ocasión de contemplar. Mas en aquel instante, era incapaz de fijarse en nada.

Abrazó a Katerina y trató de calmarla.

—No pienses más en ello, déjalo. Te han herido y asustado, pero ahora me tienes a mí. ¡Descansa en mí, alma mía, sol de mi vida!

—¡Es que aún no lo sabes todo! ¡No lo sabes! —exclamó ella, apretándole nuevamente las manos—. Estoy perdida para siempre. Vivo en continuo temor. ¡Pero no me atormentes, no me hagas sufrir...! Debo ir a ver a ese hombre —continuó—. Muchas veces me habla con expresiones raras; otras, coge su libro, el más grande, y me lee cosas de él. ¡Con unas palabras amenazadoras e imponentes! Yo no sé qué libro es ése, ni siquiera entiendo todo lo que dice, pero cuando lo lee me entra una angustia tan grande, tan grande, que parece no ser él quien me habla, sino otra persona cruel, alguien que no perdona, y tan inexorable, que el dolor que siento entonces en mi corazón es mayor que mi miedo.

—¡No vayas más a verle! ¿Por qué vas? —exclamó Ordinov, sin saber lo que decía.

—¿Y por qué vengo a verte a ti? Si me lo preguntaras, tampoco sabría qué responderte. Él siempre me dice: «Reza, reza, reza». En ocasiones, a altas horas de la noche, estoy rezando sin parar durante horas enteras. A ratos me vence el sueño, mas el temor vuelve a despertarme siempre. Entonces me parece que en la atmósfera que me rodea, se esconde algo maligno que me amenaza de muerte, sin que pueda esperar ayuda de nadie y sin que nadie pueda librarme de ello. El alma se me hace pedazos y mi cuerpo queda anegado en llanto. Y continúo rezando, rezando, hasta que la Virgen me mira. Me levanto y, medio muerta, me voy a la cama; pero en más de una ocasión

he quedado dormida de rodillas ante el icono. En esos momentos tengo la impresión de que él se despierta, me llama y me acaricia para tranquilizarme, y siento un gran alivio. Sí, cuando estoy a su lado no tengo miedo alguno, aunque me amenace una gran desgracia. ¡Él es poderoso! ¡Más aún, es grande!

—Pero, ¿a qué desgracia te refieres? —preguntó Ordinov, con acento desesperado.

Katerina palideció. A Ordinov le pareció una condenada a muerte, en espera de un indulto como último recurso.

—Es que yo estoy maldita, soy una asesina de almas. Mi madre me maldijo. ¡He sido parricida!

Ordinov, sin decir nada, la estrechó entre sus brazos. Ella se acurrucó contra él, temblando. Ordinov percibía su cuerpo sacudido por violentos estremecimientos, que parecían querer arrancarle el alma.

—Yo la enterré —continuó diciendo ella, completamente absorta en la evocación de los irrevocables acontecimientos del pasado—. Hace tiempo, quería decírtelo; pero él me lo prohibió siempre, unas veces con ruegos y otras con amenazas y burlas. Sin embargo, en ocasiones, es él quien me lo recuerda, como si fuese mi enemigo y mi juez. Entonces comienzo a revivirlo todo, como en esta noche, como siempre, a cada momento, igual que si lo tuviera delante. Escúchame: es cosa antigua, ni siquiera puedo precisar cuándo ocurrió. No obstante, lo tengo tan presente en la memoria como si hubiera ocurrido ayer, como un sueño que hubiera tenido en la noche de ayer, angustiándome hasta el amanecer. ¡El miedo hace que el tiempo parezca largo! Siéntate, siéntate junto a mí, te contaré mi vida. Puedes maldecirme, porque ya estoy maldita. ¡Voy a revelártelo todo!

Ordinov quiso impedirle que hablara, pero ella le suplicó, con las manos juntas, que escuchase sus confidencias, y luego, con gran excitación, prosiguió su relato. Hablaba atropelladamente y, a veces, sin ilación. Su voz denotaba lo que sucedía en su corazón, pero, a pesar de ello, Ordinov entendió muy bien todo lo que decía, pues para él la vida de ella y la suya eran una misma cosa, su dolor y el de ella, un mismo dolor.

—Era una noche como ésta —empezó Katerina—, aunque más oscura y terrible, porque el viento silbaba en el bosque como jamás lo había oído. Aquella noche fue la de mi perdición. Se desgajó la encina que estaba delante de nuestras ventanas. No sé, pero el viejo mendigo que siempre llamaba a nuestra puerta —era un hombre muy, muy viejecito— decía que él recordaba desde siempre aquella encina, y que cuando era pequeño, aquel árbol era tan corpulento como entonces, cuando el huracán lo partió. Esa misma noche, ¡cómo lo recuerdo aún!, la tormenta destrozó las barcas que mi padre tenía en el río, y cuando los pescadores llegaron corriendo a nuestra casa —vivíamos junto a la fábrica—, mi padre, a pesar de que se encontraba enfermo, partió con ellos. Mi madre y yo nos quedamos solas en la casa. Estábamos sentadas en la sala; mientras yo dormía, mi pobre madre no hacía más que llorar quedamente. Yo

sabía muy bien por qué lloraba. Había estado enferma hacía poco; aún estaba muy pálida, y siempre me decía que debía ir preparándole la mortaja. De pronto, hacia la medianoche, escuché unos golpes en la puerta. Asustada, di un salto, al tiempo que mi madre profirió un grito. Yo, sin atreverme a mirarla, cogí el farolillo y salí a abrir. ¡Era él! Me entristecí. Siempre sentía tristeza cuando él regresaba a casa..., que yo recuerde... desde siempre. Por entonces aún no tenía el pelo blanco, sino una barba negra y una mirada brillante. Nunca me había mirado con ojos afables. Aquella noche me preguntó: «¿Está tu madre en casa?». Yo respondí: «Sí, pero mi padre no está». Él contestó: «Ya lo sé». Y me miró a la cara, por primera vez. Yo di media vuelta para marcharme, mas él continuaba allí. «¿Por qué no entras?», le dije, y él repuso: «Estoy pensando». Fue tras de mí con lentitud, y de pronto me preguntó en voz baja: «¿Por qué dijiste que no está tu padre en casa, cuando te pregunté por tu madre?». Yo no le contesté. Mi madre, al verle, se quedó asombrada, y luego hizo ademán de correr hacia él. Pero apenas se dignó mirarla. Lo vi perfectamente. Estaba empapado de agua y nieve. Ni mi madre ni yo supimos nunca de dónde venía ni de qué vivía. En aquella ocasión hacía nueve semanas que no le veíamos. Él arrojó el gorro sobre la mesa y se quitó los guantes; pero no saludó a los iconos ni a la dueña de la casa, sino que fue directamente a sentarse junto a la lumbre.

Katerina, como si quisiese ver desaparecer algo que la atormentase, se oprimió la cabeza entre las manos, pero no tardó en erguirse y proseguir su narración:

—Él se puso a hablar con mi madre en tártaro. Yo no entendía ni una palabra. Hasta entonces, siempre que él aparecía, me sacaban a mí de delante, pero, en aquella ocasión, mi madre no se atrevió a decirme nada. Observé que hablaba de mí. El maligno estaba comprando mi alma, pero yo miraba a mi madre como si me ufanase de ello. Mi madre se puso a llorar. Yo pude ver cómo él echaba mano al puñal que llevaba en el cinto. Me levanté y cogí su cinturón para quitarle el arma. Él rechinó los dientes con rabia y trató de apartarme, dándome un golpe en el pecho, pero yo no le solté. Sólo pensaba: «Ahora voy a morir». Se me nublaron los ojos y casi me desvanecí, sin proferir un grito. Todavía pude ver que se quitaba el cinturón, se arremangaba el brazo con el que me había empujado y, sacando de la vaina su puñal del Cáucaso, me amenazaba con él, al tiempo que decía: «Toma, para que me cortes la mano; véngate de lo que te he hecho; aunque yo, orgulloso, me inclinaré ante ti hasta tocar el suelo». Yo desvié el puñal, sin mirarle, mientras el corazón me palpitaba con furia. Recuerdo aún que me sonreía, sin proferir palabra alguna, y sólo miraba los tristes ojos de mi madre; la miraba con rabia, mientras la maligna sonrisa continuaba en mis labios. Y mi madre seguía sentada, lívida y silenciosa como una muerta.

Ordinov escuchaba el relato con gran ansiedad. Poco a poco, la excitación de la muchacha fue desapareciendo, y su lenguaje se hizo más tranquilo.

—Él, sin saludar, hizo ademán de marcharse y cogió el gorro. Yo tomé de nuevo el farolillo para acompañarle hasta la puerta, precediendo a mi madre que, aunque

todavía enferma, se empeñaba en levantarse. Abrí la puerta, ladraron los perros, pero yo permanecí callada. Él se detuvo y, de pronto, quitándose el gorro, me hizo un saludo hasta tocar el suelo. Al mismo tiempo, vi que se metía la mano bajo la capa y, sacando del bolsillo una pequeña caja forrada en piel de tafilete, la abría. Miré y vi refulgir auténticas perlas; eran para mí. «Iba a regalárselas a una amiga que tengo en la ciudad —me dijo—, pero luego no lo he hecho. Tómalas tú, reina; realza con ellas tu belleza o aplástalas con tus pequeños pies, como prefieras, pero acéptalas». Yo las cogí, pero no con intención de pisotearlas, pues eso hubiera sido demasiado honor para mí. Las cogí con desgana y, sin proferir palabra. Entré en la casa y dejé las perlas en la mesa, delante de mi madre. Para eso las había aceptado. Ella estaba tan blanca y silenciosa como la pared y parecía no atreverse a dirigirme la palabra. «¿Qué significa esto?», dijo finalmente. Y yo le contesté: «Te las trajo el comerciante, no sé más». Vi cómo las lágrimas rodaban por sus mejillas y se le hacía difícil respirar. «¡No, desvergonzada, no las traería para mí!». Todavía recuerdo el dolor con que pronunció esas palabras, un dolor intenso que parecía traspasarle el corazón. Yo, entonces, la miré, y estuve tentada de arrojarme a sus pies, pero en lugar de hacerlo dije lo que algún espíritu diabólico me inspiró en aquel instante: «¡Bueno, pues si no son para ti serán para papá! Cuando vuelva se las daré y le diré que vinieron unos comerciantes y dejaron aquí olvidada su mercancía». Al oír aquello, mi madre rompió a llorar con amargos sollozos. «¡Eso se lo diré yo —exclamó—, diré a tu padre qué clase de comerciantes estuvieron aquí y por qué clase de mercancía preguntaban! ¡Todo se lo diré a tu padre, malvada! ¡Tú ya no eres mi hija, eres una víbora!». Yo no dije nada, ni siquiera derramé una lágrima. ¡Ay! Tenía el alma casi muerta. Fui hasta mi habitación y me pasé la noche escuchando el rumor del temporal; al propio tiempo, seguía dando vueltas a los pensamientos que el temporal suscitaba en mí.

»Pasaron cinco días. Luego, una tarde, volvió mi padre; venía malhumorado y sombrío, pues durante el camino su enfermedad había empeorado. Vi que traía un brazo en cabestrillo y comprendí inmediatamente que se habría tropezado en la ruta con el enemigo. ¡Y sabía también quién era el enemigo! A mi madre no le dirigí siquiera la palabra; tampoco preguntó por mí. Llamó a los criados y les ordenó que, en lugar de trabajar en la fábrica, se dedicasen a defender la casa de visitas de extraños. Yo tenía el presentimiento de que algo grave iba a ocurrir en nuestro hogar. Nadie se acostó aquella noche, que transcurría lenta, muy lentamente; de nuevo, en medio de la oscuridad, se levantó un temporal, y mi alma se llenó de inquietud. Me ardía el rostro, no cesaba de llorar y mi corazón no encontraba sosiego. Abrí la ventana. Con gusto hubiera salido de aquel cuartucho agobiante, y hubiera partido lejos, al fin del mundo, donde nacen los relámpagos y las tormentas. Mi corazón de muchacha no dejaba de temblar. De repente, era muy tarde, me desperté de un ligero sueño y oí que alguien golpeaba en mi ventana. Miré y vi un hombre encaramado en una escalera de cuerda. Comprendí en seguida quién era, abrí y le dejé entrar en mi

alcoba desierta. ¡Era él! Sin quitarse el sombrero, se sentó sobre el arca, jadeando, como si le hubiera perseguido toda una jauría. Estaba pálido. “¿Está tu padre en casa?”, preguntó. “Sí”. “¿Y tu madre también?”. “También”, repuse. “Pues guarda silencio un momento. ¿No oyes nada?”. “Sí”. “¿Qué?”. “Un silbido al pie de la ventana”. “Bueno, pues ahora me someto a tu voluntad, preciosa. Si quieres atarme, aquí tienes una cuerda. ¿O prefieres llamar a tu padre y ser la causa de mi perdición? ¡Sea lo que tú quieras!”. Yo callaba. “¿Qué dices? ¡Habla, preciosa!”. Entonces le pregunté: “¿Qué quieres?”. “¿Qué quiero? Pues dejar mi antiguo amor y consagrarme en adelante a un amor nuevo, joven. ¡A ti, hermosa mía!”. Me eché a reír. Aún no comprendo cómo sus insolentes palabras pudieron conmover mi corazón. “Y ahora, encanto mío, deja que me descuelgue, que ponga de manifiesto mi valor y que me despida de tus padres”, dijo él, levantándose. Yo estaba tan excitada que me castañeteaban los dientes y parecía tener en mi pecho un hierro al rojo vivo. Fui a abrir la puerta. Mas cuando él traspasaba el umbral, reuniendo todas mis fuerzas, le empujé fuera, gritando: “¡Toma tus perlas y no vuelvas a tener el descaro de ofrecermé obsequios!”. Y le arrojé el cofrecito con las perlas.

Katerina hizo una pausa para tomar aliento. En varias ocasiones, durante su relato, había cambiado de color; sus azules ojos se oscurecían y brillaban con un extraño fulgor. De pronto palideció, y su voz vacilaba, como si estuviera tratando de esconder su dolor.

—Cuando me quedé sola, todo era confusión en torno a mí. De repente, oigo gritos, voces que me llaman, gente que corre cerca de la puerta y clamores de: «¡Está ardiendo la fábrica!». Yo no me muevo un paso, y me limito a escuchar cómo todos salen de la casa corriendo. Sólo mi madre y yo permanecemos en ella. Sabía que mi madre llevaba tres días agonizando, luchando contra la muerte. Yo, su hija maldita, sabía todo eso. De pronto, oí un débil grito al pie de mi cuarto, uno solo y muy apagado, como la voz de un niño que grita cuando está soñando; después, todo volvió a quedar en silencio. Apagué la luz y oculté mi rostro en las manos, porque sentía temor y frío en la oscuridad. Luego, cada vez más cercanas, volvieron a oírse voces de la fábrica; llegaban hombres corriendo. Me asomé a la ventana y pude ver cómo traían a mi padre muerto, y oí decir; «¡Se cayó de la escalera, se cayó en medio de la caldera que estaba hirviendo! ¡Debe de haber sido cosa del diablo!». Me arrojó sobre el lecho; estaba completamente inmóvil y aguardaba, aunque no sabía qué ni a quién. Fue un momento espantoso. No sé cuánto tiempo permanecí allí. Sólo sé que, finalmente, tenía la impresión de que todo daba vueltas en torno a mí. Sentía en la cabeza una sorda presión, y el humo me irritaba los ojos. Me sentía feliz de pensar que había llegado mi última hora. Pero, de improviso, alguien tocó mi hombro y me levantó. Abrí los ojos, y pese a la oscuridad, pude ver que era él. Sus ropas, destrozadas y calientes, olían a chamusquina. «He venido a buscarte, hermosa —dijo—. Ya que provocaste mi ruina, ayúdame, por lo menos ahora. Hoy te he consagrado mi alma. Pero los dos debemos hacernos perdonar las desgracias de esta maldita

noche». Y luego, el infame soltó una carcajada. «¡Bueno, vamos, enséñame por dónde se puede salir de aquí sin que nos vean!». Yo cogí su mano para mostrarle el camino. Bajamos en silencio la escalera y también, sin hacer ruido, atravesamos el pasillo. Después abrí la puerta del granero —cuya llave llevaba conmigo— y señalé la ventana. Al otro lado estaba el jardín. Entonces me cogió en volandas con sus potentes brazos, y salió conmigo por la ventana. Después, una vez en el jardín, corrimos mucho rato cogidos de la mano. Hasta que, al fin, vimos extenderse ante nosotros el bosque, denso y oscuro. Él se detuvo a escuchar. «¡Nos persiguen, Katia! ¡Y nos vienen pisando los talones, preciosa; pero en estos momentos no estoy dispuesto a regalarles nuestras vidas! ¡Dame un beso, hermosa, y prométeme amor y dicha eternos!». «¿Por qué tienes las manos llenas de sangre?», pregunté. «Pero, ¿acaso las tengo ensangrentadas, nenita? Es que tuve que matar a varios perros. Ladraban muy fuerte y me hubieran descubierto. ¡Anda, vamos!». Y seguimos corriendo. En el camino que conducía al bosque vimos el caballo de mi padre, que se había liberado de las riendas y escapado de la cuadra para huir del fuego. «¡Dios nos lo envía! —dijo él—. ¡Anda, Katia, monta!». Yo guardaba silencio. «¿O acaso no quieres? ¡Pues te aseguro que no soy el anticristo ni el diablo; mira cómo me persiguen!». Y, efectivamente, se santiguó. Luego trepó al caballo y, cogiéndome en vilo, me subió a mí también. Yo me estreché contra su cuerpo y me olvidé de todo, creyendo que cuanto sucedía no era más que un sueño. Pero cuando desperté, pude ver que habíamos llegado a orillas de un río de amplio cauce. Él se apeó de su montura, me ayudó a bajar y se dirigió hacia unos juncos, donde ocultó el caballo. Luego dio una palmada en el cuello del animal y dijo: «¡Adiós, viejo amigo! Ve a buscarte otro amo, pues los que tenías te han abandonado». Aquellas palabras me conmovieron. Me abracé al cuello del animal y, apretando la cara contra su fina piel, le di un beso. Ambos subimos a la barca, él remó y nos fuimos alejando rápidamente de la orilla. Tan pronto como perdimos de vista la ribera, dejó los remos y se quedó mirando las aguas que nos rodeaban. Y mientras contemplaba el río, murmuró: «¡Salve, madrecita, corriente sin dueño, nodriza de muchos hijos de Dios, y mi bienhechora! ¿Has guardado mis riquezas y conducido bien mis mercancías?». Yo tenía la vista baja y permanecía en silencio; el rostro me ardía de vergüenza. «¿O te las quedaste, corriente insaciable —continuó diciendo—, a cambio de proteger y mecer a la más valiosa de mis perlas? Pero di algo, muchacha, ¿por qué estás tan callada? ¡Brilla como el sol para ahuyentar las tinieblas de la noche!». Y mientras pronunciaba estas palabras se reía. Yo, me daba cuenta de que él se encendía con sólo mirarme, mas no quería darme por enterada. Tenía deseos de decirle algo y, sin embargo, no lo hacía. «¡Como tú quieras! —dijo, triste y despechado, al comprobar mi obstinado silencio—. El amor no se logra a la fuerza. ¡Válgame Dios, qué orgullosa eres! ¡Ya veo que sientes odio por mí! ¿Tan poco valgo para ti, palomita?». Mientras le escuchaba, sentía que le odiaba realmente, con un odio que nacía del mismo amor; pero me obligué al silencio diciéndome: «¿Cómo voy a saber si vale o

no vale? De lo que sí estoy segura es de que soy una loca y una desvergonzada, capaz de abrir a un extraño la puerta de mi alcoba de doncella y venderle mi alma por un pecado mortal, sin saber dominar el estúpido corazón. Esto solamente lo saben mis ardientes lágrimas. También él debiera saberlo, ya que, después de su acto criminal, aún se ufana burlándose de mi corazón adolescente». Eso pensaba, y al no poder contenerme por más tiempo, me eché a llorar. Él me miraba en silencio, mientras yo temblaba como la hoja de un árbol. Al fin, clavando en mí sus ojos de fuego, dijo: «Mira, niña, debes escucharme; yo no hablo por hablar, sino que es muy serio lo que voy a decirte. Si tú consientes en hacer mi felicidad, seré para ti un amo cariñoso; mas si dejas de quererme, no creas que voy a derrochar palabras inútiles. Bastará con que me hagas un gesto con tus dedos, o simplemente con tus pestañas de cibelina, para que te deje libre de inmediato. ¡Sólo que, entiéndelo bien, orgullosa, en ese mismo instante terminará mi vida, y la muerte me acogerá en su seno!». Cuando escuché estas palabras, todos mis sentidos revivieron.

Katerina hizo una nueva pausa en su relato. Estaba muy agitada, y después de respirar profundamente se dispuso a continuar, pero sus brillantes ojos tropezaron con la mirada de Ordinov, que estaba pendiente de su rostro. La joven se estremeció, fue a decir algo, pero se sonrojó de nuevo y calló. Luego, inconsciente, se llevó las manos a la cabeza y, como si quisiera estrujársela, se arrojó de bruces sobre la cama. Ordinov estaba sobrecogido. Le invadía una agitación insoportable y torturante, una pasión que reclamaba ávidamente ser satisfecha, desparramándose por todo su ser como un veneno. Y al mismo tiempo, sentía el corazón oprimido por una tristeza infinita, sin límites. Durante el relato de Katerina, más de una vez estuvo tentado de gritar que se callara. Quería pedirle que no volviese a revivir para él sus anteriores tormentos de amor. Pero sentía tal ansiedad, que ni siquiera las lágrimas afluían a sus ojos. Apenas podía comprender lo que Katerina le contaba, y el sentimiento que la muchacha suscitaba en él le desconcertaba y aturdía. En aquel instante, maldecía su pasión y parecía que por sus venas no corriese sangre, sino plomo derretido que amenazase con sofocarle.

—¡Ah, no creas que mis desgracias acaban ahí! —exclamó Katerina, dispuesta a proseguir—. ¡No, nada de eso! —clamó en un tono de voz que dejaba traslucir todo el dolor que le destrozaba el alma—. ¡Mis sufrimientos y mis dolores no habían hecho más que empezar! ¿Qué me importa mi madre, aunque en todo el mundo no pueda volver a encontrar otra? ¿Qué me importa que me maldijera en un momento de ira? ¿Qué más da mi vida de antes, tan libre de preocupaciones, y mi cálido cuartito? ¿Por qué ha de preocuparme la idea de haberme vendido al diablo, condenando mi alma a la perdición eterna a cambio de un poquito de dicha? ¡Ah, no, nada de eso me importa, aunque todo ello haya sido la causa de mi ruina! Lo que más me amarga la existencia y me destroza el corazón es haberme convertido en la esclava de ese hombre, el que me cause placer, alegría, deshonra y vergüenza, y que aún sienta felicidad ante cualquiera de sus desprecios. ¡Esa es mi verdadera desgracia, el no

tener fuerzas suficientes para rebelarme y protestar, el que ni siquiera sienta irritación ante el insulto del que fui víctima!

La muchacha sintió como si el corazón dejase de palpar en su pecho, y unos convulsivos sollozos le cortaron la palabra. Le ardían los labios y sus ojos relampagueaban con meros destellos. En aquellos momentos estaba tan seductora, su rostro expresaba tal mezcla de sentimiento y de pasión y había tal belleza en cada uno de sus rasgos, que Ordinov sintió desaparecer de su alma toda idea de hostilidad. Su corazón se sintió atraído hacia la muchacha; tuvo ansias de abandonarse contra su pecho, ebrio de pasión y rendirse con ella al vaivén de las olas, o incluso a la misma tormenta, en el estallido del mutuo sufrimiento. Morir abrazados, al unísono. Katerina tropezó con la ardiente mirada de Ordinov, y sonrió al darse cuenta de que sus dos corazones se consumían en un mismo fuego. Ordinov estaba fuera de sí.

—¡Apíadate de mí! —murmuró con voz apenas perceptible, y se inclinó hacia ella, aproximándose tanto, que su aliento se confundió con el de Katerina, mientras la miraba fijamente—. ¡Vas a terminar conmigo! Yo no sé nada de tus sufrimientos, estoy trastornado. ¿Qué puedo hacer para evitar que tu corazón lllore? Dime qué quieres y lo haré. ¡No sigas, no me mates, no destroces mi vida!

Contemplaba a Katerina paralizado. Las lágrimas ya no corrían por el semblante de la joven. Ella deseaba interrumpirle, cogerle las manos, decirle algo, mas no encontraba palabras. De pronto, en su rostro se dibujó una extraña expresión, y pareció que iba a reírse.

—Bueno, es que... ¡aún no te lo he contado todo! —dijo ella al fin, con voz insegura—. Escúchame un poco más, porque espero que tu fogoso corazón no renunciará a escuchar el resto. Oye lo que tu hermana te cuenta. ¡Todavía no sabes nada de mis sufrimientos! Te podría contar cómo pasé con él un año, pero, ¿para qué? Pasado el primer año, marchó un día con sus amigos ríos abajo y a mí me dejó con su madre adoptiva en la aldea. Allí debía esperarle, muriéndome de aburrimiento, hasta que volviera. Aguardé un mes, dos... y de pronto, he aquí que me encuentro en el pueblo con un joven comerciante. Al verle, me acordé al punto de mis buenos tiempos de antaño. Él me reconoció en seguida y dijo: «Hermanita, querida hermanita, soy Aliosha, tu compañero de infancia. Nuestros padres nos hicieron novios cuando aún éramos niños. ¿Te acuerdas? ¿O ya lo has olvidado? Acuérdate, hermanita, de que soy de tu mismo pueblo». Yo le pregunté, «¿Qué dicen por allí de mí?». «Dicen que perdiste tu honra, escapándote de tu casa para entregarte a un bandido, a un corruptor de almas», me respondió Aliosha sonriendo. «Y tú, Aliosha, ¿qué decías de mí?». «Para eso he venido, para decirte muchas cosas —respondió, mientras su pecho se agitaba—, mas ahora que te veo, ya lo he olvidado todo. Me has trastornado el juicio —murmuró—. ¡Bueno, acepta también mi corazón, hermosa, aunque sólo sea para burlarte de él y de mi amor! He quedado solo en el mundo, heredé los bienes de mis padres y soy dueño de mí mismo; y mi alma es mía, pues no se la he vendido a nadie (como hizo alguien que yo sé, que enterró su conciencia) y ni

siquiera necesitas comprarla: yo mismo te la regalo, ya que, por lo visto, no sabe hacerse valer». Yo me eché a reír, y cuando me hubo dicho cosas como aquéllas un par de veces... Bueno, estuvo allí un mes, olvidándose de todo. Descuidó sus mercancías, despidió a sus gentes y se habituó a una vida solitaria. Hasta que, finalmente, me dio lástima, y una mañana le dije: «Aliosha, cuando oscurezca esta noche, iré a buscarte en el desembarcadero: espérame. ¡Ya estoy harta de la vida insulsa que llevo aquí!». Llegó la noche, hice mi hatillo, y mi alma empezó a sentir nostalgia y a jugar con mis pensamientos. Cuando de pronto, y de un modo completamente inesperado, aparece mi señor en casa, y me dice: «Buenas noches. Vamos, en el río va a levantarse una tormenta, el tiempo apremia». Yo fui tras él; llegamos a la orilla del río, pero desde allí hasta donde estaban nuestros hombres, había cierta distancia. De momento sólo vimos una barca, en la que remaba una persona conocida que parecía esperar a alguien. «¡Buenas noches, Aliosha, Dios te guarde! —le dijo mi amo—. ¿Cómo es eso? ¿Acaso te has rezagado y quieres todavía alcanzar tu barco? Sé amable, llévanos a donde están los nuestros. No tengo aquí mi lancha y no sé nadar». «Sube —le dijo Aliosha; todo mi ser temblaba al escuchar su voz—. Sentaos, el río es de todos, y en mi barca aún queda espacio para vosotros». Subimos a la barca. La noche era muy oscura, no habla estrellas, y el viento aullaba, levantando las olas. Ya estábamos a una versta de la orilla. Todos íbamos en silencio. «Se avecina tormenta —dijo finalmente mi amo—. Y esta vez no promete nada bueno. Jamás he visto en el río una noche como ésta. Con el temporal, la barca no podrá soportar el peso de tres personas». «Tienes razón —respondió Aliosha, con voz vibrante por la emoción—, no puede soportar tres personas. ¡Uno de nosotros sobra!». «Bueno, ¿y qué vamos a hacer, Aliosha? —dijo mi amo—. Yo te conozco desde que eras pequeño, y a tu padre, que esté en la gloria. Él y yo hemos bebido juntos y hemos compartido también el pan y la sal. Así que, dime, Aliosha, ¿podrías tú llegar desde aquí a la orilla sin barca; o perecerías? ¿No podrías, en caso de necesidad, llegar a la orilla?». «No —respondió Aliosha—, no podría alcanzarla». «Pero ¿quién sabe? Tal vez tengas suerte y puedas llegar a ella». Entonces, mi amo, volviéndose hacia mí, dijo: «Bueno, pues escúchame, Katerinuschka, hermosa e inapreciable perla mía. Recuerdo una noche semejante a ésta, sólo que entonces no se encrespaban las olas, y había estrellas en el cielo y brillaba también la luna. Dime, te lo pregunto sin la menor intención, ¿te acuerdas tú también de esa noche?». «Sí», respondí. «Pues si no la has olvidado, recordarás asimismo que un hombre temerario indicó a una linda muchacha de qué modo podría recobrar su libertad, cuando dejara de amarle. ¿Lo recuerdas?». «También de eso me acuerdo», repuse, más muerta que viva. «Bueno, pues mira, tres personas son demasiada carga para esta barca. ¿No le habrá llegado a alguno de nosotros su hora? Amor mío, habla, di una sola palabra, palomita mía...». De momento, no dije nada.

Katerina palideció y no pudo concluir su relato, porque una voz violenta y apagada gritó:

—¡Katerina!

Ordinov se estremeció. Murin se encontraba en la puerta de la habitación. Estaba lívido, envuelto en su piel, y observaba a la muchacha fijamente, con mirada de loco. Katerina palideció; hechizada, tampoco podía apartar la vista de él.

—Ven conmigo, Katerina —murmuró el enfermo, con voz apenas perceptible.

Y dando media vuelta, desapareció del umbral de la puerta. Katerina seguía mirando absorta a donde él estuviera antes. Pero, de improviso, la sangre ardiente subió a sus pálidas mejillas, y se levantó con lentitud de la cama.

—Hasta mañana, corazón mío —dijo ella.

Y su voz tenía un timbre alegre.

—Hasta mañana —repitió—. No olvides el punto en que hemos quedado: «Elige entre los dos; di a quién quieres y a quién no quieres, hermosa». ¿Te acordarás? ¿Tendrás paciencia hasta mañana? —insistió, posando una mano en el hombro de su amigo y despidiéndose de él con una tierna mirada.

—Katerina, ¡no vuelvas con él, no vuelvas! ¿No ves que está loco? —murmuró Ordinov, temblando por ella.

—¡Katerina! —llamó la voz de Murin, desde el otro lado del tabique.

—¿Por qué no? Crees que sería capaz de matarme, ¿verdad? —dijo Katerina, riendo—. Buenas noches, amor mío —añadió, estrechando contra su pecho la cabeza del joven, mientras afluían lágrimas a sus ojos—. Estas son las últimas lágrimas. Duerme con tu tristeza, amor mío, que mañana despertarás para la alegría.

Y le besó apasionadamente.

—¡Katerina, Katerina! —imploró Ordinov queriendo arrodillarse ante ella para impedir que se fuera—. ¡Katerina!

Ella se volvió una vez más y, haciendo un gesto de despedida, salió corriendo del cuarto. Ordinov oyó como entraba en el de Murin. Se puso a escuchar, conteniendo el aliento, pero fue inútil. El viejo callaba, o tal vez había perdido el conocimiento. Ordinov quiso ir hacia allá, pero le fallaron las piernas. Le abandonaban sus fuerzas y, de nuevo, cayó extenuado sobre la cama.

V

CUANDO SE DESPERTÓ no pudo precisar si era el crepúsculo o estaba amaneciendo. Su habitación se hallaba en la penumbra. La lamparilla, que ardía normalmente delante del icono, debía haberse apagado. Ordinov no sabía cuánto tiempo había estado durmiendo. Lo único que recordaba es haber tenido un sueño febril. Al despertar, inconscientemente se frotó el rostro con la mano, como si quisiese ahuyentar las visiones de pesadilla que le habían atormentado. Pero cuando trató de incorporarse, sintió que el cuerpo le pesaba terriblemente, y sus miembros agotados se negaron a responderle. Sentía escalofríos y vértigos, y la cabeza le dolía de un modo atroz. Al recobrar su lucidez, lo recordó todo de pronto, y sintió que el corazón se le encogía y temblaba al evocar en un segundo toda la noche anterior. Mantenía tan vivas las sensaciones experimentadas que tuvo la impresión de que Katerina hacía sólo breves momentos que había salido de su cuarto. Los ojos le escocían aún del llanto, a menos que fueran, aquéllas, nuevas lágrimas de su alma vehemente. Y cosa extraña, en medio de su tormento, había lugar para cierta dulzura y una especie de raro placer, aunque sentía que sus nervios estaban desquiciados.

Hubo instantes en los que se sintió a dos pasos de la muerte, y estuvo dispuesto a recibirla como a un huésped grato. Pero al despertar, su pasión alcanzaba nuevamente tal altura, y su entusiasmo le invadía el alma de tal forma, que su vida tan pronto se elevaba muy alto, como amenazaba despeñarse y perecer para siempre. En aquel preciso momento, y como respuesta a los acelerados latidos de su corazón, oyó una voz que le pareció conocida, algo semejante a esa vibración que el alma humana experimenta en sus momentos de júbilo, conmoviendo todo su ser. Y esa voz era la de Katerina. Muy cerca de él, junto a la cabecera de su cama, sonó una canción que al principio respiraba melancolía y timidez. Pero, paulatinamente, aquella voz fue elevándose y adquiriendo diversas tonalidades, como si quisiera arrullar tiernamente los reprimidos deseos que anidaban para siempre en su corazón. Pero en breve aquella voz se tornó vibrante y ardorosa, como surgiendo de una pasión ya irreprimible, que fuese a desembocar en el océano ilimitado de la dicha que proporciona el amor. Ordinov escuchó también la letra de la canción, que era la expresión de un sentimiento conmovedor y sencillo, por lo tranquilo y diáfano. Se trataba de una de esas tonadas antiguas, que antaño fueron populares. Ordinov, pasando por alto el sentido de aquellas palabras, atendía solamente a su música, y la sencilla y amorosa letra de la canción tenía para él otro significado distinto, otro sentido en el que palpitaba la misma nostalgia que agitaba su pecho; palabras que eran como la repercusión de emociones tan secretas y profundas, que incluso para él resultaban incomprensibles, y que, sin embargo, le daban a entender cuánto sabía ella

también de esos afanes. Al joven le parecía estar escuchando los últimos ecos lastimeros de una vida que se extingue de amor, y, al poco rato, la exultante alegría de quien, habiéndose liberado de sus cadenas, se siente libre y ligero, navegando por el mar sin orillas de la suprema felicidad; más tarde le parecía escuchar la primera y vacilante confesión de amor, entre rubores y lágrimas, en el murmullo sigiloso de unos labios femeninos, que todavía conservan todo el aroma de un dulce pudor. Después, volvía a elevarse la voz como el reto de una audaz bacante que desnuda y exenta de secretos, mira a su alrededor, entre ufana y orgullosa, con ebria sonrisa.

Ordinov no pudo contenerse y, sin esperar a que terminara la canción, saltó de la cama. En aquel preciso momento, dejó de oírla.

—La mañana y el día entero ya se fueron, amiguito —dijo la voz de Katerina al otro lado del tabique—; así que te daré las buenas tardes. Levántate y ven con nosotros, tráenos alegría; te estamos aguardando mi amo y yo, los dos somos buenas personas y te queremos. Y si todavía el corazón guarda algún resentimiento, apaga el odio con amor. Dinos alguna palabra amable.

Ordinov salió inmediatamente de su cuarto, sin tener plena conciencia de que iba a dirigirse al de sus patronos. Se abrió la puerta ante él y de una sola mirada contempló la escena, quedó deslumbrado ante, la risa hechicera que tenía ante sus ojos. No oía ni veía nada que no fuera ella. En aquel instante, la radiante figura de la muchacha era el compendio de toda su existencia, de toda su dicha.

—Dos puestas de sol han pasado desde la última vez que nos vimos —dijo ella, tendiéndole ambas manos—, y si miras por la ventana verás cómo se está extinguiendo la tercera. Eran semejantes al rubor de una linda muchacha —continuó ella, riendo—; por la mañana, el sol era como el fuego que siente una joven por primera vez, ardiéndole en el pecho; y cuando el sol se ponía recordaba el instante en que la joven abandona su timidez y siente que la sangre, hecha fuego, se le sube al rostro... ¡Entra, entra en nuestra casa, niño! ¿Por qué te detienes en el umbral? Aquí encontrarás amor y bienvenida. Ante todo, recibe el saludo del dueño de la casa.

Y cogiendo de la mano a Ordinov, mientras le miraba sonriente, le introdujo en la habitación. El joven se sentía cohibido. Todo el ardor que bullía en su corazón se había esfumado, pero sólo por un momento. Trastornado, tuvo que bajar la vista para no verla. Su belleza era tan seductora, que creía no llegar a soportar su ardiente mirada. No, jamás la había contemplado como aquel día. Ahora, por vez primera, podía admirar su rostro iluminado por la alegría de su risa, y sus oscuras pestañas no tenían ya el brillo de sus constantes lágrimas. Las manos del joven temblaban entre las de ella. De haber levantado la mirada hubiese visto los radiantes ojos de Katerina, fijos en su semblante, que expresaban de un modo triunfal su emoción y apasionado amor.

—Levántate, viejo —dijo ella finalmente, como si de repente se diera cuenta de la presencia del otro—. Saluda a nuestro huésped con palabras de afecto. Además de nuestro huésped, es tan bueno como si fuera un hermano nuestro. Levántate, viejo

soberbio, no seas orgulloso, levántate y saludale, estrecha su mano, invítale a nuestra mesa.

Ordinov alzó los ojos, por primera vez se dio cuenta de la realidad; se había olvidado por completo de Murin, ni siquiera se le había ocurrido pensar que estaba allí. El viejo tenía su mirada apagada, como la de un moribundo, fija en él; y en ese momento, Ordinov recordó —no sin tristeza— aquella mirada penetrante que le lanzó la última vez, por debajo de sus espesas y enarcadas cejas, que ahora tenía de nuevo fruncidas, pero en esta ocasión debido al sufrimiento y al dolor. El joven sintió un ligero mareo. Miró a su alrededor y entonces fue cuando, por vez primera, tuvo la real noción del lugar donde se encontraba. Murin seguía postrado en el lecho completamente vestido, y daba la impresión de que aquella misma mañana se había levantado y salido a la calle. Llevaba alrededor del cuello un pañuelo rojo; sus pies estaban calzados con zapatillas. Era evidente que ya había superado su enfermedad; sin embargo, continuaba teniendo el semblante terriblemente pálido y casi amarillo. Katerina, de pie junto a la cama, apoyaba la mano en la mesa y miraba inquisitivamente, ora al uno, ora al otro; pero su rostro seguía sonriente. Parecía dominar la situación solamente con su gesto.

—¡Ah, sí! ¡Eres tú! —dijo Murin, incorporándose lentamente y sentándose en la cama—. Tú eres mi huésped, y yo estoy en deuda contigo, señor; pequé y, sin intención, te asusté con la pistola. ¡Quién podía saber que también tú estás delicado de salud! Pero yo creí... —añadió con voz enronquecida por la enfermedad; frunció la frente e, instintivamente, apartó la mirada de Ordinov—. Los males suelen venir sin avisarnos; se introducen en nuestra casa como un ladrón y no nos enteramos hasta que los tenemos encima. También a ti no hace mucho que te di con el cuchillo en el pecho —añadió refunfuñando, dirigiéndose esta vez a Katerina—. Yo estoy enfermo, señor. De vez en cuando me dan ataques... Bueno, ¿a qué más explicaciones? Con lo dicho basta. Siéntate, serás mi invitado.

Ordinov, todavía cohibido, le miraba.

—¡Siéntate, hombre, siéntate! —le gritó el viejo con impaciencia—. ¿No ves que ella lo desea? Hum... ¿Conque, según parece, sois hermanos? ¡Vaya! ¡Pues os queréis como dos tortolitos!

Ordinov se sentó.

—Mira qué hermanita tienes —siguió diciendo el viejo en tono socarrón, y se reía, mostrando unos dientes extrañamente blancos y hermosos—. ¡A quererse, hijos míos! ¿No ves qué hermana tan bella tienes, hombre? ¡Pero di algo, contesta! Mira cómo le arden a ella las mejillas. Di, pues, que es hermosa, pondera su belleza delante de todos. Demuestra lo que siente por ella tu corazón.

Ordinov frunció el ceño y miró severamente al anciano, el cual sintió cierto malestar bajo aquella mirada. Ordinov empezaba a sentir una cólera ciega. Adivinaba, con instinto animal, que estaba en presencia de su enemigo mortal, pero no acertaba a comprender cuál era su posición respecto a él. Había perdido su

facultad de pensar.

De pronto, sonó a sus espaldas la voz de Katerina:

—¡No me mires!

Ordinov se volvió.

—Te digo que no me mires, si es que tus pensamientos te conducen hacia el mal. Compadécete de quienes te quieren —añadió Katerina, riendo.

Y de repente, acercándosele por detrás, le tapó los ojos con sus manos, pero luego retrocedió y se cubrió con ellas su propio rostro. Sin embargo, por entre sus dedos se veía que se había ruborizado intensamente; luego dejó caer las manos y se esforzó por sostener, impávida y abiertamente, la mirada de los dos hombres. Estos la contemplaban en silencio. Ordinov, con cierto asombro y una especie de atracción que por primera vez sentía ante la contemplación de una mujer. El viejo, por el contrario, con atenta e inquisitiva frialdad. Su pálido rostro no delataba la más mínima emoción; sólo sus labios temblaban ligeramente.

Katerina se puso también seria y, acercándose a la mesa, empezó a apartar los libros, los papeles, el tintero, y demás objetos que había sobre ella. Su respiración era apresurada y desigual. De vez en cuando, como si su corazón palpitase demasiado aprisa, sofocándole, contenía el aliento. Su pecho se agitaba pesadamente, como las olas del mar. No miraba a nadie, y sus largas y sedosas pestañas relucían sobre sus suaves mejillas.

—Reina mía —murmuró Ordinov.

Pero no añadió más, pues sintió que la mirada del viejo se posaba sobre él. Aquella mirada, rápida como un relámpago, era hostil y enemiga, al tiempo que denotaba una inquieta avidez y un frío desdén.

Ordinov se levantó, pero parecía que una fuerza invisible le había encadenado los pies, y volvió a sentarse. Se retorció las manos, como si tratara de convencerse de que estaba realmente despierto y de que todo aquello que sucedía a su alrededor no era un sueño. Tenía la sensación de estar bajo los agobiantes efectos de una pesadilla, como si tuviese los ojos cerrados en un morboso crepúsculo. Pero, ¡cosa rara!, no quería despertar.

Después de haber vaciado la mesa de papeles, Katerina abrió un armario del que sacó un rico mantel bordado en seda y oro, y lo extendió sobre el mueble, sustituyéndolo por el tapete; luego, y también del armario, cogió una jarra de plata antigua, repujada, de la que colgaban —según se estilaba antiguamente— las copas de plata; la colocó encima de la mesa y descolgó tres copas: una para el dueño de la casa, otra para el huésped, y otra para ella. Con grave y pensativa mirada, detuvo sus ojos en el viejo y luego en el joven.

—¿Quién de nosotros no quiere al otro? —preguntó—. Ese a quien nadie quiera es a mí a quien debe querer y con él beberé en la misma copa. Pero yo les quiero a los dos como a mi familia; por lo tanto, brindemos por el amor y la buena armonía.

—Bebamos y ahogemos en el vino los pensamientos tristes —dijo el viejo,

cambiando el tono de voz—. Escancia, Katerina.

—¿Y a ti también? —preguntó la muchacha a Ordinov, mirándole al rostro.

El joven alargó su copa, en silencio.

—¡Esperad! —exclamó de pronto el viejo, alzando su copa—. Que cada uno de nosotros alcance su deseo más íntimo.

Después de este brindis, chocaron las copas y bebieron.

—Ahora, bebamos los dos —dijo Katerina al viejo—; bebamos, si es que no me guardas rencor. Brindemos por la felicidad de los años pasados. Brindemos con todo nuestro corazón por el amor dichoso. Déjame, viejo, que te escancie más vino, si es que tu corazón todavía late por mí.

—Tu vino es fuerte, palomita, y tú no has hecho más que probarlo —dijo el viejo, riendo, y ofreció de nuevo su copa.

—Te pondré más, pero debes beberlo hasta apurarlo. ¿Para qué vivir, viejo, siempre atormentado por tristes pensamientos? Lo único que se consigue con ello es enfermar del corazón. ¡A los malos pensamientos los engendra la tristeza, y ellos, a su vez, engendran sólo tristeza; el que es feliz no piensa en nada. Bebe, viejo. Ahoga en vino tus pensamientos.

—Mucha amargura debes tener en el corazón cuando quieres expulsarla así, de pronto. ¡Ojalá lo consigas, mi bella palomita! Yo bebo por tu felicidad, Katia. ¿Sientes tú también amargura, señor, si me permites la pregunta?

—Lo que yo tengo me lo guardo —murmuró Ordinov, sin apartar su mirada de Katerina.

—¿Has oído, viejo? Yo misma hacía mucho tiempo que no me conocía ni pensaba en nada; pero llegó un momento en que volví a encontrarme y lo recordé todo; entonces reviví el pasado en el fondo de mi alma con insaciable avidez.

—Mala señal es que uno empiece a recordar el pasado —observó el viejo, pensativo—. Lo que pasó es como el vino que se ha bebido. ¿Qué valor tiene la felicidad pasada? Ropa usada, se la quita uno, y en paz.

—Pero entonces nos hace falta otra nueva —le replicó Katerina con una risa algo forzada, mientras asomaban en sus pestañas dos gruesas lágrimas—. En eso se ve cómo una vida no puede extinguirse en un momento, y el corazón de una mujer joven es resistente. No se agota con tanta facilidad. ¿Lo sabes, viejo? Mira, ha caído una lágrima en tu copa.

Entonces, Ordinov, con voz temblorosa por la emoción, preguntó:

—¿Fue, pues, a cambio de mucha tenacidad, como compraste tu dolor?

—Tú debes tener mucho que vender, señor —dijo el viejo—, ya que hablas sin que nadie te pregunte. Y mirando a su huésped con descaro, se puso a reír de un modo solapado y maligno.

—El precio que pagué es relativo —respondió Katerina, con voz que parecía delatar cierto disgusto y enfado—. A uno le parecerá mucho, y a otro poco. El uno lo sacrificaría todo por ello, sólo que no le dan nada a cambio; y al otro, sin dar nada, le

sigue el corazón obediente. Pero, mira, no dirijas reproches a nadie —volvióse hacia él y le miró con tristeza—. El uno es hombre y el otro también. ¿Quién puede saber por qué el alma se va tras el uno y no tras el otro? Llena tu copa viejo. Bebe por la felicidad de tu querida palomita, de tu sumisa esclava, como en otro tiempo, cuando ella te enseñó a amar por primera vez. Anda, levanta tu copa.

—Bueno, pero sírvete también tú.

—Espera, viejo, no bebas todavía; déjame antes decir una palabra.

Katerina apoyó los codos en la mesa, y con brillantes y apasionados ojos contempló los del viejo. Había una audacia especial en aquella mirada. Y cuando empezó a hablar, todos sus gestos y ademanes eran precisos, inesperados y rápidos. Daba la impresión de que estaba respirando todo el fuego que llevaba dentro. Y, en medio de su agitación y su nerviosismo, su belleza parecía ir en aumento. Al reír, sus pequeños dientes iguales brillaban como perlas. Su respiración era breve y entrecortada por la emoción. Le temblaban las finas aletas de su nariz. Se le había soltado una de sus hermosas trenzas, que rodeaban por dos veces su cabeza, ocultándole la oreja izquierda y parte de su arrebolada mejilla. En sus sienes, relucían gotas de sudor.

—Dime la verdad, viejo. Dime la verdad, amor mío, antes de que el vino ofusque tu corazón. Aquí está mi blanca mano. Por algo la gente te tiene por brujo. También has estudiado en los libros y conoces la magia negra. Así pues, mira ahora las rayas de mi mano, viejo, y lee en ellas mi desdichado destino. Sólo te pido que seas veraz conmigo. Bueno, dime, como ya sabes y te imaginas, ¿será feliz tu palomita, o no la perdonarás jamás y valiéndote de tus sortilegios arrojarás la desdicha en su camino? Dime, ¿tendré un rincón cálido donde plantar mi nido o al igual que las aves de paso habré de estar toda mi vida buscando amparo, como una pobre huérfana, entre gente extraña? Dime, ¿quién es mi enemigo y me odia, y quién mi amigo y reserva su amor sólo para mí? Dime, ¿acaso mi joven y ardiente corazón tendrá que permanecer toda la vida solitario, hasta que se endurezca con el tiempo o por el contrario encontrará otro corazón que latirá de gozo, al unísono, hasta que llegue un nuevo dolor? Y dime, viejo, pero dime la verdad: ¿bajo qué cielo azul, al otro lado de qué mar y de qué selvas remotas vive mi bello halcón? Y dime también si él, con ojos penetrantes, otea el horizonte en busca de su hembra, y si también espera enamorado y es ardiente su amor, o si ya se olvidó de él y me engaña; o si, por el contrario, no me engaña y aún me pertenece. Y por último, viejo, dime lo que es más importante: si está escrito que hemos de pasar todavía mucho tiempo juntos los dos, sentaditos aquí en este mísero tugurio, leyendo tétricos libracos, o si yo me despediré de ti, haciéndote una profunda reverencia para agradecerte tu hospitalidad y por haberme dado de comer y de beber y haberme explicado tantas historias. Pero, ten cuidado, dime la verdad, no me mientas. ¡Llegó el momento, mira por ti!

A medida que iba formulando preguntas, su excitación aumentaba hasta el punto de que, al pronunciar las últimas palabras, su voz perdió el dominio de sí misma,

como si estuviese atenazada por la angustia. Sus ojos relampaguearon, mientras sus labios fueron sacudidos por un ligero temblor.

En sus palabras habían vibrado ciertos matices irónicos, pero parecía que en su burla había algo dramático, como una súplica mezclada con la risa. Se había inclinado hacia el viejo, a través de la mesa, y le miraba fijamente a los ojos con cierta curiosidad inquisitiva. Cuando ella terminó de hablar, Ordinov, con el corazón palpitante, estuvo a punto de lanzar un grito de entusiasmo y saltar del asiento. Pero en aquel instante, el viejo le miró, y quedó como hipnotizado, como paralizado en su sitio; había en aquella mirada desprecio, hostilidad, burla y, al mismo tiempo, un maligno rencor. Y cada vez que el viejo le lanzaba una de esas miradas, breves y duras, Ordinov se estremecía, lleno de odio y de rabia impotente.

El anciano contemplaba ahora a Katerina, con cierto aire pensativo y triste. Con sus palabras, ella le había herido traspasándole el corazón. Katerina había hablado, por fin, y él la había escuchado sin pestañear. Y desde que ella guardara silencio, no se había borrado la sonrisa de su rostro.

—¡Mucho quieres saber de una vez, palomita mía, que ya has echado alas y quieres remontar el vuelo! Lléname una vez más la copa y bebamos primero por la ruptura y por la buena voluntad; de lo contrario, mi deseo se malogrará por la maligna mirada de alguno. ¡El diablo tiene mucho poder! ¡Cuánto camino hay hasta el pecado!

Alzó su copa y la apuró. Cuanto más bebía, más lívido se tornaba su semblante. Sus ojos, enrojecidos, le ardían. Resultaba evidente que aquel brillo febril y aquella súbita palidez de muerte eran los síntomas de un nuevo ataque. Aquel vino era pesado y ardiente. Incluso Ordinov, que sólo había bebido una copa, sentía que se le extraviaba la vista. Estaba cada vez más inquieto y creía que se le trastornaba el juicio. Sin saber exactamente qué estaba haciendo, se sirvió de nuevo una copa de aquel fuerte vino, y bebió un sorbo, tratando de combatir su agitación y aplacar su sangre, que corría impetuosa por sus venas. Era como si estuviera bajo un sueño febril, y a pesar de que fijaba toda su atención en la escena que se desarrollaba entre Katerina y el viejo, apenas podía concentrarse en ella.

El viejo dio un fuerte golpe con la copa sobre la mesa.

—¡Más vino, Katerina! —exclamó—. ¡Anda, mala hija, echa más vino, hasta que me emborrache! ¡Que aunque yo beba, todavía quedará bastante para ti! ¡Eso es, échame más, lléname la copa, reina mía! ¡Así! ¡Ahora bebamos los dos! ¿Por qué has bebido tan poco? ¿O lo has hecho sin que yo me diera cuenta?

Katerina contestó algo cuyo sentido escapó a Ordinov, pero el viejo le cortó la palabra, cogiéndole la mano, como si ya no pudiese aguantar por más tiempo todo lo que encerraba en su interior. En medio de la palidez de su rostro, sus ojos se nublaban a veces y otras llameaban con un fulgor extraño. Sus descoloridos labios le temblaban, y con voz desigual y vacilante en la que no obstante a veces resonaban entusiastas vibraciones, dijo a la joven:

—Trae acá tu manita, hermosa, voy a decirte la buenaventura. Pero con absoluta verdad. Dijiste bien, ¡yo soy realmente un brujo, Katerina! Tu corazón ha adivinado que yo soy el único que puede comprenderlo y predecir su futuro, y no he de ocultar la verdad a ese ingenuo y candoroso corazón. Sólo una cosa ignoras: que ni siquiera yo, el brujo, puedo volverte juiciosa. La discreción no es collar para una muchacha, y aunque le diga uno toda la verdad, no la entiende ni comprende nada. Y aun cuando te sientas afligida, tu cabecita es una serpiente astuta. Ella sabe abrirse camino cautamente por entre los peligros, hasta salirse hábilmente con la suya. Cierto que también alguna vez logra lo que pretende usando la razón, pero cuando no es así trata de conmovernos con su belleza, de trastornarnos con sus negros ojos. La hermosura doblega el poder y es capaz de partir un corazón, aunque sea de hierro. El dolor y la inquietud te dejan paralizados. ¡Terrible es el dolor del hombre! Pero la desgracia, cuando llega, no busca los corazones débiles, sino que hace presa en los fuertes, hasta que los va secando, silenciosa, inadvertidamente. ¡Grato espectáculo para la gente malvada! Pero tu dolor, hija mía, es como una huella en la arena, que la ilusión borra, el sol seca y el viento hace desaparecer totalmente. Permíteme, ahora, que te diga la buenaventura: serás la esclava de quien ames; le entregarás tu libertad y tu albedrío, como prenda que jamás recobrarás; no sabrás olvidar tu amor cuando haga falta hacerlo; tú pondrás una semilla y tu seductor hará germinar el trigo y se lo llevará todo. Hijita mía, cabecita mía de oro, en mi vino enterraste una lágrima, pero, sin poderlas contener, tú derramas luego cien más; dijiste una hermosa frase y con ella llamaste de nuevo al dolor. Pero jamás tendrás que lamentarte de esa lagrimita tuya, jamás te pesará esa gota de celestial rocío. ¡Te será devuelta con creces, no tardará en serte devuelta generosamente esa perlita tuya! Cuando llegue la noche triste e interminable en que el dolor te avasalle el corazón, otras lágrimas, ni tibias ni ardientes, vendrán a quemar tu blanco pecho, y estarás revoleándote sobre tu cama hasta que llegue la mañana, nublada y fría, como un amanecer lluvioso. Y de tus heridas no cesará de manar sangre, hasta bien entrado el día. ¡Échame más vino, Katerina, échame más vino, palomita mía, por este augurio que te hago! Porque, hija mía, considero inútil añadir nada más.

Estas últimas palabras las pronunció ya en voz baja, casi temblorosa, como si un sollozo se le escapara del pecho. Él mismo se sirvió más vino, contemplando con avidez cómo se llenaba su propia copa; después de vaciarla, volvió a dar otro golpe con ella sobre la mesa, y su turbia mirada parecía echar chispas nuevamente.

—¡Ay! ¡Vive como mejor puedas! —exclamó—. ¡Lo pasado, pasado está! Escándame, escancíame todavía más y lléname la copa hasta los bordes, para que el vino arranque mi cabeza de encima de los hombros y mi alma se ahogue en él. Haz que me duerma en esa larga noche inacabable, para que pierda por completo el juicio. ¡Vino bebido es como vida vivida! Pero al comerciante que abre la mano inútilmente, le quedarán las mercancías colgadas. Si no las diera por propia voluntad a su precio, también el enemigo derramaría sangre inocente, y tendrían que añadir a lo estipulado

el alma de aquellos compradores. ¡Ponme más vino, Katerina, ponme más!

De improviso, aquella mano con la que sostenía la copa quedó rígida, como en un espasmo, y no volvió a moverse.

Su cabeza se dobló sobre el pecho y su respiración se hizo trabajosa. Miró de nuevo a Ordinov, como si quisiera traspasarlo con sus ojos, pero también esa mirada se fue apagando poco a poco, y sus párpados se abatieron como si fueran de plomo. Una palidez mortal cubría su semblante. Todavía movió los labios en un par de ocasiones, como si tratase de decir algo. De pronto, una gruesa lágrima brilló en sus pestañas, estuvo un momento pendiente de ellas y luego rodó lentamente por sus mejillas lívidas. Ordinov no soportó más aquella escena. Se levantó y, medio tambaleándose, dio un paso hacia Katerina y la cogió por un brazo; pero ella, sin mirarlo siquiera, pareció no darse cuenta.

Era como si también hubiera perdido el juicio, o como si estuviese totalmente ensimismada y absorta en algún extraño pensamiento. De repente, se arrojó al pecho del viejo inconsciente y, ciñéndose a su cuello con los brazos, se quedó mirándole inmóvil, como si le resultase penoso apartar de él su vista. Ni siquiera notó la presencia de Ordinov. Sólo al cabo de un rato volvió la cabeza y le dirigió una larga y penetrante mirada. Luego, como si se diese cuenta de algo, se estremeció; y una forzada sonrisa, más bien de asombro, asomó a sus labios.

—¡Vete, vete —murmuró—, estás borracho y eres malo! ¡Eres un mal huésped para mí!

Y volviéndose de nuevo hacia el viejo, clavó los ojos en su rostro, fascinada.

Parecía como si estuviera vigilando su respiración, como si acariciara su sueño con la mirada. Sí, hasta parecía contener su aliento, como si temiera que los latidos de su corazón pudieran turbarle. En su semblante, en todo su ser, se advertía tal amor, tal arrobamiento, que Ordinov, desesperado, y sintiéndose rabioso y colérico, exclamó:

—¡Katerina, Katerina! —y con sus dedos, como garfios, asió el brazo de la joven.

En el semblante de ella hubo un gesto de dolor; levantó la cabeza y lo miró, pero con tal expresión de burla, con tal insolente desprecio, que él se quedó aturdido, sin dar crédito a lo que estaba viendo. Ella, con un gesto, señaló al viejo dormido y luego miró a Ordinov de una forma que no parecía sino que el odio del viejo se hubiera traspasado de repente al alma de la joven.

Ordinov tuvo la sensación de que algo se rompía en lo más profundo de su ser, con un dolor lacerante que le dejaba helado.

—¿Cómo? ¿Acaso crees aún que podría matarme? —exclamó Ordinov, rabioso y fuera de sí.

Y como si el maligno le hubiera susurrado algo al oído, de pronto lo comprendió todo y de pies a cabeza se estremeció con una risa horrible, diabólica.

—¡Después te compraré a tu comerciante, hermosa, aunque me pidas mi alma! Puedes estar tranquila, no mataré a nadie.

Ella, inmóvil, continuaba sonriendo con una sonrisa que a Ordinov se le antojó

terrible. La burla ilimitada que había en ella le torturaba el corazón. Ya no sabía qué le pasaba y se conducía maquinalmente; se apoyó en la pared y descolgó de una alcayata un puñal antiguo, de precio. En el rostro de Katerina apareció una expresión de ligero asombro; pero, al mismo tiempo, asomó a sus ojos tanto odio y desdén, que Ordinov acabó por perder el control de sí mismo. Miró a la muchacha y sintió vértigo. Le pareció que alguien trataba de sujetarle la mano para impedirle cometer un acto loco e indigno, y entonces, con verdadera furia, sacó el cuchillo de la vaina. Katerina continuaba inmóvil, pero cada uno de sus miembros se hallaba en tensión expectante.

Ordinov miró al viejo.

De pronto, creyó ver que uno de los párpados del anciano se levantaba lentamente y que, a través de sus pestañas, un ojo le miraba burlón. Sus miradas se encontraron y permanecieron fijas la una en la otra. Durante un largo minuto sostuvo Ordinov la mirada del viejo. Pero de repente le pareció que todo el semblante del anciano se reía, y aún creyó escuchar una risa diabólica esparciéndose por la estancia y helándole la sangre. Una idea atroz, negra como la noche, cruzó por su cerebro. Se estremeció, y el puñal cayó de su mano, produciendo un chasquido en el suelo.

Katerina, como si despertara en aquel momento de una pesadilla pavorosa y aún se encontrara poseída de espanto, lanzó un grito. El viejo se irguió trabajosamente, y con el semblante pálido y airado dio un puntapié al puñal, arrinconándolo en un extremo de la habitación. Katerina estaba pálida como una muerta, de pie junto a la cama. Cerró los ojos, y sus facciones denotaban un dolor sordo, insoportable; se cubrió el rostro con las manos y, gritando, se echó a los pies del viejo.

—¡Aliosha, Aliosha! —exclamó con infinita desesperación.

El viejo la abrazó con sus fuertes brazos, estrechándola contra su pecho; pero mientras la sostenía, una sonrisa insolente y descarada empezó a extenderse por sus facciones, dilatando sus arrugas. Ordinov, al verlo, se sintió horrorizado: engaño, cálculo, tiranía y dominio absoluto sobre aquel desgraciado y maltrecho corazón de mujer; eso es todo lo que leyó en aquella insolente risa.

—¡Loco! —exclamó, estremeciéndose aterrado. Y salió de la habitación rápidamente.

VI

AL DÍA SIGUIENTE POR la mañana, alrededor de las ocho, Ordinov, todavía pálido y excitado por los acontecimientos de la víspera, entraba en casa de Yaroslav Ilich, al que había ido a visitar, movido por un impulso que ni siquiera él lograba comprender. Cuando iba a traspasar el umbral, se quedó rígido de asombro, porque en el interior del aposento, estaba Murin. El viejo se hallaba más pálido que Ordinov y daba la impresión de estar tan enfermo que apenas podía tenerse en pie. Sin embargo, y a pesar de la insistencia de Yaroslav Ilich, que parecía muy satisfecho por aquella visita, se negaba a sentarse. Cuando Yaroslav Ilich vio a Ordinov, le dirigió un jubiloso saludo, a la vez que su rostro expresaba cierta sorpresa, que rápidamente se transformó en evidente perplejidad y, sin saber qué hacer, se detuvo a mitad de camino, sin acabar de decidirse a ofrecer un asiento a Ordinov. Se comprendía fácilmente que estaba confuso, sin saber qué partido tomar, y, al mismo tiempo, le azoraba el encontrarse fumando en aquellos momentos su cachimba turca. Todo esto no impedía, sin embargo, que continuase echando humo de su pipa, aunque no con la lentitud de siempre, sino aspirando nerviosa y frecuentemente.

Ordinov lanzó una ligera ojeada a Murin y le pareció observar en su rostro una maligna sonrisa como la de la noche anterior, lo cual volvió a enervarle. Pero no tardó en desaparecer todo indicio de hostilidad del rostro del viejo, que asumió inmediatamente una expresión hermética e indiferente y dedicó a su huésped una profunda y parsimoniosa reverencia. Ello bastó para que Ordinov recobrara la sensatez. Fijó su atenta mirada en Yaroslav Ilich, para inferir de su semblante el modo de comportarse en aquel lance. Y a su amigo pareció resultarle muy penosa aquella inquisitiva mirada; por último, exclamó en medio de su confusión:

—¡Acércate, por favor, mi querido Vasili Mijailovich! Te agradezco mucho el honor que me dispensas con tu visita. Honras con tu presencia esta humilde casa...

Yaroslav Ilich coordinaba mal sus ideas y sus palabras. Al perder el hilo de lo que estaba diciendo, se sonrojó, turbado, con algo de rabia, ya que, por más que lo intentara, no encontraba el modo de terminar aquella frase. Armando mucho ruido, arrastró una silla hasta el centro de la habitación.

—No voy a entretenerme por mucho tiempo, Yaroslav Ilich. Sólo quería...

—Pero, hombre, ¿qué dices? ¿Tú entretenerme, Vasili Mijailovich? De ninguna manera, hombre, tomarás una taza de té. ¡Eh, muchacho!... Y usted, naturalmente, tampoco me rehusará una tacita, ¿verdad?

Murin asintió con la cabeza, como si hubiera estado esperando aquel ofrecimiento.

Yaroslav Ilich riñó a su criado, por la habitual tardanza a su llamada, y luego

pidió que le trajera tres tazas de té, después de lo cual se sentó en la silla más próxima a la de Ordinov. Una vez sentado, no hacía más que mover la cabeza de un lado a otro, como una veleta, yendo su mirada de Murin a Ordinov y de Ordinov a Murin. Aquélla no era, realmente, una situación agradable. Resultaba ostensible que trataba de decir alguna cosa, algo especialmente delicado, sobre todo para uno de sus visitantes; pero, a pesar de concentrarse en ello con todas sus fuerzas, las palabras no afluían a sus labios.

Tampoco Ordinov parecía muy seguro de lo que quería decir y todavía menos de lo que debía pensar. Hubo un instante en que pareció que ambos iban a hablar al unísono. Mientras tanto, el taciturno Murin tuvo tiempo suficiente para observar con detenimiento a uno y otro, y para devolver a su semblante una expresión de tranquilidad.

—He venido a comunicarte —anunció Ordinov de improviso— que, a causa de cierto incidente enojoso, me veo obligado a abandonar mi actual alojamiento, y...

—¡Entonces, es cierto! —le interrumpió Yaroslav Ilich—. Yo, francamente, me quedé de una pieza cuando este caballero me anunció tu propósito. Pero...

—Pero ¿cómo pudo comunicártelo? —preguntó, con asombro, Ordinov. Y miró a Murin.

Este se mesó la barba y se sonrió para sus adentros.

—¡Pues sí..., vino a decírmelo! —insistió Yaroslav Ilich—. Aunque, después de todo, es posible que yo lo entendiera mal. En todo caso, debo decir que no ha existido en sus palabras la menor ofensa para ti. ¡Palabra de honor!

Y al decir esto, Yaroslav Ilich se sonrojó, conteniendo a duras penas su nerviosismo. Murin, que parecía haber disfrutado con aquella tirante situación, creyó oportuno terciar entonces en la conversación y adelantó un paso.

—Por ese motivo, Excelencia —empezó lentamente, inclinándose al modo de los campesinos ante Ordinov—, por ese motivo me atreví a molestarlo. Usted mismo ya sabe cómo están las cosas. Nosotros, es decir, yo y mi mujer..., nosotros nos alegraríamos mucho y no tendríamos nada que oponer. Pero, por más que hagamos, usted sabe, porque lo ha visto, cómo es nuestro cuarto. Tenemos de sobra para nosotros dos, y por ello damos gracias a Dios para que no nos deje de su mano y nos mantenga siempre en esta situación. Sin embargo, usted ha podido comprobarlo y no es preciso añadir nada más.

Murin se pasó la manga por la barba, como hacen siempre los aldeanos.

Ordinov se sentía asqueado.

—Sí, es cierto. Yo mismo te lo dije en otra ocasión; está enfermo, efectivamente; *ce malheur*, es decir, perdón, quería..., no domino bien el francés, pero...

—Sí, sí.

—Sí, vamos, que...

Ordinov y Yaroslav se cambiaron gestos de reconocimiento. Y Yaroslav Ilich, con una sonrisa de disculpa, trató de borrar la mala impresión que hubiera podido

causarle su actitud, pero continuó diciendo:

—Por otra parte, él me ha informado detalladamente y le creo, pues le tengo por un hombre de honor. La enfermedad de esa señorita...

Al llegar a este punto, el concienzudo Yaroslav Ilich, probablemente para disipar una ligera expresión de duda que había aparecido en el rostro de Murin, le lanzó una mirada interrogante.

—De mi mujer...

Con esta aclaración, el bueno de Yaroslav Ilich se dio por satisfecho, y continuó diciendo:

—Su mujer, es decir, ya no lo es, pero lo ha sido; por tanto, su... vamos, *pardon*, no sé..., bueno, el caso es que está enferma, y eso es algo que debes tener en cuenta, Vasili Mijailovich. Dice que tú la estorbabas en sus ocupaciones, y lo mismo dice él. ¡Porque tú, amigo mío, me has ocultado un incidente importante!

—¿Cuál?

—El del revólver —dijo Yaroslav Ilich en un tono de voz más bajo y algo evasivo, de modo que no pareciera un reproche hacia su querido amigo. Y añadió con rapidez—: Pero, ahora que lo sé todo (él me ha relatado enteramente lo sucedido), sólo puedo decir que harías muy bien y sería muy propio de ti que le perdonases su acto involuntario. ¡Yo te juro que he visto lágrimas en sus ojos mientras me lo relataba!

Yaroslav Ilich volvió a sonrojarse; le brillaban los ojos, y cambió un poco la posición de la silla y la de su propia persona.

—Yo quería decirle, Excelencia, es decir, yo y mi mujer, que pedimos a Dios por usted —volvió a decir Murin, encarándose con Ordinov, en tanto Yaroslav Ilich trataba de dominar sus nervios y de mirarle con tranquilidad—; pero usted mismo sabe, señor, que ella es una pobre huérfana, desquiciada, y a mí tampoco me sostienen muy bien.

—No se moleste —le atajó Ordinov con impaciencia—. ¡Si estoy dispuesto a mudarme inmediatamente!

—No, señor, quiero decir que nosotros estamos muy contentos de usted.

Y Murin volvió a hacerle otra profunda reverencia.

—Yo, señor, no quiero decir eso; yo, lo único que pretendo decir, señor, es que ella es medio parienta mía, vamos, usted me perdonará que no me exprese mejor. Somos gente humilde, señor, pero ella es como es desde niña: caprichosa, criada en pleno bosque, sin tratar con nadie que no fueran barqueros y gente de la fábrica. Y he aquí que se quema la fábrica y la casa, y su padre, señor, perece en el incendio. Pero ella, señor, cuenta todo eso sabe Dios cómo. Yo no quiero contradecirla; pero en Moscú la vieron los médicos de más fama, en con... con... consulta, como ellos dicen. Y nada, señor..., no hay remedio posible. Es incurable, como se lo digo. La infortunada no tiene en el mundo a nadie más que a mí, de modo que vive conmigo, es decir, vivimos juntos, y juntos pedimos a Dios y confiamos en su omnipotencia;

pero, se lo repito, yo, diga ella lo que diga, no le llevo nunca la contraria.

Ordinov palideció. Yaroslav Ilich los miraba alternativamente.

—Pero no era de eso de lo que yo quería hablar, señor —continuó Murin, moviendo gravemente la cabeza—. Ella es, la pobre, de un temperamento tan..., vamos, tan ardiente, y es tan cariñosa y tan aficionada al mimo, que se exalta con facilidad y siempre está deseosa de un amiguito y siempre, con permiso de los señores, está lampando por un novio; en esto consiste su chifladura. Por eso yo le narro cuentos para distraerla y que no piense en esas cosas. Así es. Pero he podido ver, señor, que ella..., perdóneme el señor si me equivoco —se disculpó Murin, haciendo una nueva reverencia y frotándose otra vez la barba con la manga, de izquierda a derecha—, que ella, por ejemplo, con Su Excelencia, se ha encaprichado, dándole palique, y que Su Excelencia, correspondiendo a sus carantoñas, mostraba intención de intimar con ella.

Yaroslav Ilich se puso encarnado como la grana, y miró a Murin con gesto de reproche. Ordinov consiguió dominarse hasta el punto de permanecer sentado.

—No, yo no me refería a eso, señor; es decir, yo no soy más que un humilde aldeano. Nosotros, señor, somos gente humilde, inculta; somos, señor, sus servidores —hizo una profunda reverencia—. Y, tanto yo como mi mujer, pedimos siempre por usted en nuestras oraciones. ¿De qué podríamos quejarnos si siempre tuviéramos para comer y disfrutáramos de buena salud? ¿Qué más podríamos desear? Pero, señor, ¿qué quiere que le haga? ¿Voy a meter la cabeza en la red? Usted sabe, señor, que ésta es una cuestión de vida o muerte; tenga compasión de nosotros, que sería lo mismo que de un amante. Perdone usted, señor, mi manera de expresarme, yo sólo soy un campesino, mientras que usted es un señor. Usted es un joven arrogante y fogoso, de acuerdo, pero debe saber, señor, que ella es una niña, con pocos años y escaso entendimiento. ¡Una verdadera pena! Sí, señor, es una muchacha bonita, desde luego, y cariñosa además; y yo soy un pobre viejo, siempre lleno de achaques..., así que el demonio puede tentar a uno en cualquier momento. Yo procuro siempre distraerla con cuentos e historias y, efectivamente, logro entretenerla. ¡Y cómo pedimos a Dios por usted, sí, señor! ¡Con toda nuestra alma! Y, después de todo, ¿qué encanto puede usted encontrarle? Porque, aunque sea hermosa, eso no se puede negar, es, no obstante, una pobre aldeana sin educación, buena para un campesino, pero nada más. Y usted, señor, se merece algo más que una lugareña. Pero crea que nosotros no dejamos de rogar a Dios por usted. Con toda nuestra alma...

Y Murin se inclinó por enésima vez en una profundísima reverencia, permaneciendo mucho rato esa actitud servil, sin dejar de frotarse la barba la manga. Yaroslav Ilich no sabía decididamente que actitud adoptar.

—Sí, sí, buen hombre —empezó, sólo por decir algo—. Él ya me lo había contado todo y, según parece, la cosa no tiene mayor importancia. Pero no vayas a figurarte, querido Vasili Mijailovich, que yo..., vamos, que yo me he permitido pensar otra cosa. Pero, dime, ¿estás ya mejor de tu enfermedad? —le preguntó con

súbito interés, posando en Ordinov una mirada implorante, tanta era su confusión.

—¿Cuánto le debo? —preguntó de improviso Ordinov, encarándose con Murin.

—¡Cómo, señor! ¡Nosotros no somos bandidos! ¡Su Excelencia no habrá tenido intención de ofendernos! No, señor, Su Excelencia debería avergonzarse. ¿En qué hemos ofendido nosotros a Su Excelencia? Le ruego me lo diga...

—Permítame, amigo mío, eso tampoco es justo. Sea como fuere, es su inquilino. ¿No comprende que entonces es usted quien le ofendería, en cierto modo, si no aceptase su retribución? —intervino Yaroslav Ilich, colocándose de parte de Ordinov para tratar de compensar la balanza.

—Dispense usted, señor. ¡Cómo ha podido pensar Su Excelencia!... ¡Tenga piedad de nosotros! ¿Acaso le hemos faltado en algo? ¿No hemos hecho todo lo posible por complacerle? ¡Sea bueno, señor, y perdónenos! ¿Acaso somos bandoleros o asaltantes de caminos? Nosotros no nos oponemos a que siga viviendo en nuestra casa y comparta nuestra pobre mesa, y que le sirva de salud. Esto está bien, está bien..., y no tenemos nada en contra de ello, nada. No hay que hablar más de ello; lo que pasa es que el diablo se ha metido en todo esto, yo estoy enfermo, y ella, la infeliz, también lo está. ¡Qué le vamos a hacer! No tenemos quien nos sirva, y de no ser por eso no tendríamos nada que decir. Crea usted, señor, que nosotros le apreciamos mucho, le apreciamos de todo corazón.

Y volvió a hacer una reverencia ante Ordinov. Yaroslav Ilich estaba realmente conmovido, y posó en Ordinov una mirada casi de orgullo.

—¿Qué dices a esto? ¿No te parece un hermoso proceder? —preguntó con entusiasmo—. ¡El sagrado sentimiento de la hospitalidad jamás se enfría en el corazón del pueblo ruso!

Ordinov le midió de arriba abajo, contemplándolo con una mirada en la que se expresaba toda la repugnancia que sentía.

—Es cierto, señor, para nosotros la hospitalidad es cosa sagrada —confirmó Murin, y de nuevo se frotó la barba con la manga, de izquierda a derecha—. Y precisamente por eso se me ocurre que... el señor estaba con nosotros sólo a título de huésped, eso es, sólo como huésped —prosiguió, acercándose a Ordinov—, y todo estaría bien, señor, si, por ejemplo, es un suponer, sólo un día más... Verdaderamente, nada tendríamos que decir en contra. Pero el caso es que el diablo es mal consejero, como suele decirse, y mi mujer no está buena del todo. ¡Sí, señor, si no fuera por eso...! Quiero decir, si por ejemplo yo viviera solo... Entonces, personalmente me desviviría por complacerle, yo mismo serviría a Su Excelencia. Pero naturalmente, en la situación en que estamos, no hay que pensar en tal cosa... No le quepa duda de que a nadie tenemos en más aprecio que a usted. ¡No sabe Su Excelencia lo que yo daría por verle bien de salud! Bueno, que conste que para nosotros sólo ha sido un huésped, un huésped y nada más, señor.

Yaroslav Ilich era, por naturaleza, un hombre muy ponderado, pero ahora que, por fin, lo había comprendido todo, su situación resultaba sumamente difícil. ¡Tenía unas

ganas atroces de soltar la carcajada! Si hubiera estado a solas con Ordinov —siendo como eran tan buenos amigos—, no habría tenido que reprimirse y habría podido dar rienda suelta a su hilaridad. Y, precisamente por ser un buen muchacho, habría dado un cordial apretón de manos a Ordinov, y le habría asegurado con toda sinceridad y franqueza que ahora sentía por él doble afecto y encontraba su actitud completamente disculpable. La juventud es siempre la juventud, etc. Pero en presencia de Murin no podía, desde luego, hacer eso; así que el pobre hombre se encontraba en una situación tan embarazosa que no sabía a qué atenerse.

—Me retiro —dijo Ordinov—. Muchas gracias por todo, Yaroslav Ilich. Hasta la vista. Sí, sí, ya vendré a visitarle —le prometió apresuradamente, anticipándose al ruego que ya se leía en los ojos de Yaroslav Ilich—. ¡Adiós!

Y sin querer escuchar nada más, Ordinov, medio trastornado, abandonó la casa.

Estaba fatigado y tenía el pensamiento como embotado. Se sentía vagamente enfermo; pese a todo, predominaba en él una sorda desesperación, que incluso le hacía olvidar un ligero dolorcillo en el pecho. Empezaba a obsesionarse con la idea de la muerte; creía que lo mejor que podía ocurrirle era morirse cuanto antes. Sus piernas apenas le sostenían y no tuvo más remedio que sentarse en un banco del paseo, sin prestar la menor atención a los transeúntes, a toda aquella gente que poco a poco empezó a congregarse a su alrededor, en parte por curiosidad, en parte por compasión, y algunos con la laudable intención de enterarse de lo que le pasaba con el fin de prestarle auxilio.

De repente, llegó a sus oídos la voz de Murin, como a través de una pesadilla, llenándole de espanto. Levantó los ojos. A su lado estaba el viejo; su pálido rostro parecía grave y pensativo. Daba la sensación de ser un hombre distinto de aquel que acababa de divertirse tan descaradamente a su costa en casa de Yaroslav Ilich. Ordinov se levantó y Murin, cogiéndole por un brazo, le sacó de entre el corro de gente que había en tomo a ellos.

—Todavía tienes que llevarte tus cosas —le dijo, mirándole de soslayo y soltando su brazo—. No te apures —agregó, tratando de animarle—. Eres joven, no hay que afligirse.

Ordinov guardaba silencio.

—Parece que estás enfadado conmigo, señor. Pero ¿por qué? ¡Cada cual defiende lo suyo!

—¡Yo no sé quién es usted, y nada suyo me interesa! —exclamó Ordinov bruscamente—. ¡Ella, ella es la que...! —agregó, y no pudo continuar porque a sus ojos empezaron a afluir lágrimas, que caían a raudales por sus mejillas. Ordinov levantó la mano para enjugárselas. Pero sus gestos, su mirada, incluso el movimiento involuntario de sus labios trémulos, todo parecía indicar que su mente ya no funcionaba con normalidad, que la locura estaba haciendo presa en él.

—Ya te he explicado —dijo Murin, frunciendo el ceño— que ella está desquiciada. El motivo por el que perdiera el juicio es cosa que no necesitas saber.

Pero, así y todo, ella es para mí..., ¡lo que es! ¡Yo la quiero más que a mi propia vida, y no permitiré que nadie me la quite! ¿Has comprendido?

Ordinov echaba fuego por los ojos.

—Pero ¿por qué —exclamó—, por qué yo siento ahora como si hubiera perdido mi vida? ¿Por qué me duele tanto el corazón? ¿Por qué he tenido que conocer a Katerina?

—¿Por qué? —repitió Murin con una leve sonrisa, que en seguida cedió paso a una actitud grave y pensativa—. Tampoco sé yo por qué —murmuró finalmente—. El alma de la mujer no es ningún mar insondable, se puede explorar; no obstante, no hay más remedio que darles lo que quieren, ya lo reclamen con astucia, con terquedad o con malos modos; pero es menester dárselo, como si no tuviera uno más que echar mano al bolsillo y sacárselo de allí. Estoy convencido, señor, de que ella estaba dispuesta a escaparse contigo —prosiguió, meditabundo—. Ella despreciaba a este pobre viejo después de haberse visto con él en todos los trances en que es posible verse en esta vida. ¡Sin duda le fuiste simpático desde el primer momento! Has sido tú..., como podía haber sido cualquier otro. Yo nunca le he prohibido nada, siempre le he dejado hacer en todo su voluntad. Y si ella me pidiera leche de ave, buscaría por todo el mundo el ave capaz de dar leche, aunque no haya existido jamás, para proporcionársela. ¡Es muy fantasiosa! Se desvive por su libertad, y puedes estar seguro de que no sabe en realidad lo que quiere. Y ya ves, finalmente, ha terminado por creer que en ninguna parte podría estar como conmigo. ¡Ah, señor! Tú eres joven, muy joven. Tienes el corazón ardiente como el de una muchacha que todavía se seca las lágrimas con el revés del brazo cuando su novio la abandona. Pero, señor, oye bien lo que te digo: el hombre débil de corazón no puede estar solo. ¡Ya puedes darle cuanto quieras, que todo te lo devolverá espontáneamente! Y si le regalas medio planeta para que reine en él a su antojo, lo único que hará será esconderse asustado. Otro tanto le ocurre a ese corazón débil con el libre albedrío; no tienes más que concedérselo, para que, inmediatamente, él busque el modo de atarse y devolvértelo. La libertad no está hecha para los corazones pusilánimes. No saben qué hacer con ella. Sólo te digo una cosa: ¡eres todavía muy joven! Pero, bien mirado, ¿qué me importas tú a mí? Que vengas o que te vayas, que seas tú u otro cualquiera, es lo mismo. Yo sabía desde el primer momento lo que iba a suceder. Pero oponerme no habría servido de nada. Nunca se debe llevar la contraria si se quiere ser feliz. Pero todo esto, señor —continuó filosofando Murin—, todo esto es hablar por hablar; que del dicho al hecho hay gran trecho. A fin de cuentas, cualquier cosa es posible. Cuando uno está furioso, o echa mano al puñal o, si está desarmado, se arroja al cuello del enemigo. Sin embargo, si es el propio enemigo quien pone en tu mano el puñal y te presenta el pecho desnudo..., ¡acabas retrocediendo!

Finalmente, llegaron al patio de la casa. El tártaro, que los había visto acercarse, se quitó el gorro y miró a Ordinov con socarrona curiosidad.

—¿Y tu madre? ¿Está en casa? —le preguntó Murin secamente.

—Sí.

—Dile que baje aquí las cosas del señor. Y tú le ayudas. ¡Vamos, andando!

Subieron las escaleras. La vieja que servía en casa de Murin y que era la madre del portero —detalle éste que Ordinov desconocía— recogió rápidamente sus pertenencias e hizo con ellas un abultado paquete.

—Espera, voy a traerte todavía algo que es tuyo.

Murin subió a su habitación, para bajar casi inmediatamente y entregar a Ordinov un cofrecito ricamente bordado en seda y perlas, el mismo que Katerina colocara bajo su cabeza cuando estuvo enfermo.

—Esto es de parte de ella —le dijo—. Ahora, ve con Dios; pero te advierto que tengas cuidado —añadió a media voz en tono paternal—. De lo contrario, podría sucederte algo desagradable.

Por lo visto no quería endurecer la despedida. Pero cuando Ordinov hubo traspuesto el umbral de la casa, después de haber lanzado a ésta una última mirada, a los ojos del viejo asomó un destello de infinita maldad, y cerró la puerta tras él con expresión de desdén.

Dos horas más tarde, Ordinov estaba de nuevo en casa de Spiess, el alemán. Tinchén, al reconocerle, batió palmas de alegría exclamando: «¡Santo Dios!». En seguida le preguntó por su salud, y al saber que estaba algo enfermo, se dispuso a asistirle inmediatamente.

El viejo Spiess, muy satisfecho, le dijo que precisamente se disponía a colocar el cartelito de «Se alquila», pues justamente aquel día expiraba el contrato de su alquiler. Como es de suponer, el viejo aprovechó aquella ocasión para recalcar el sentido de la puntualidad y de la honradez germánicas, tanto en general como la suya en particular.

Aquel mismo día Ordinov cayó gravemente enfermo y tuvo que permanecer en cama durante tres meses.

Su convalecencia fue muy larga. La vida entre aquellos alemanes transcurría monótona, plácida y tranquila. El viejo parecía un buen hombre, sin rarezas ni excentricidades, y la linda Tinchén, dentro de la moral más estricta, era el resumen de cuanto se puede desear en una mujer. No obstante, a Ordinov, llevando aquella vida tan sosa e incolora, le parecía que el mundo había perdido para él todo matiz y atractivo. Se volvió triste, taciturno e irritable. La morbosidad de las impresiones que experimentaba alteraron su sistema nervioso hasta hacerle caer en un estado de ánimo que tenía mucho de hipocondríaco. Finalmente, sus sentidos se embotaron en cuanto a recepción de impresiones llegadas del exterior. A veces, transcurrían semanas enteras sin que abriese un libro. El porvenir le tenía sin cuidado, y el dinero se le escapaba de entre las manos sin pensar siquiera en el futuro. Se consideraba vencido. Sin embargo, de vez en cuando, volvía a experimentar su anterior afición a la ciencia, que tiempo atrás le había dominado con su fiebre creadora; y los pensamientos y formas que antaño engendrara su espíritu volvían a surgir del pasado. Pero ahora, lo

único que conseguían era agobiarlo y demostrar de una forma patente que se hallaba sin energías, no pudiendo, por tanto, llegar a realizar ninguna de sus ideas. Era como si todas ellas brotasen ahora de nuevo sólo para burlarse de la impotencia de su creador. En uno de sus momentos de abatimiento, se sintió como ese aprendiz de brujo que, apoderándose del secreto de los prodigios de su maestro, ordenó a su escoba que le llevara agua, y luego se ahogó en esa agua por haber olvidado la fórmula para hacerla parar. ¡Quién sabe si, en el correr de los años, no hubiese podido llegar a convertirse en un genio creador, haciendo algo realmente grande y nuevo! Tal vez sí. Por lo menos, en otro tiempo así lo había creído. Y una absoluta confianza en sí mismo es toda una garantía para el futuro. Pero ahora, al darse cuenta de que no podía avanzar un solo paso, se reía de aquella fe ciega. Sólo medio año atrás, era una persona completamente distinta. Tenía formado el esbozo de una obra en la que plasmar sus ideas y, a pesar de su juventud, había albergado sus mayores esperanzas en ella, incluso de beneficios materiales. Dicha obra sería un estudio sobre la historia de la Iglesia, y mientras la escribía, profundas y convencidas palabras iban brotando de forma incontenible de su pluma. Ahora volvió a repasar aquel esbozo, lo leyó, lo modificó, pensó sobre aquel tema, buscando en los libros más diversos hasta que, finalmente, desechó aquella idea. Simplemente la abandonó sin pensar en reemplazarla por ninguna otra. Luego empezó a formarse en su espíritu un vago misticismo, algo así como una creencia en la predestinación y los presentimientos, en los secretos más profundos de la existencia. El infortunado tuvo que atravesar los mayores tormentos hasta que, finalmente, se volvió hacia Dios en demanda de ayuda. La criada que tenían los alemanes, una rusa vieja y muy beata, contaba con satisfacción que su pacífico huésped rezaba con mucho fervor en la iglesia y que, en ocasiones, permanecía horas enteras arrodillado en el suelo y con la frente inclinada hasta tocar las losas.

No había hablado con nadie de lo sucedido. Pero, a veces, especialmente al atardecer, cuando se oían las campanas de la iglesia llamando a la oración, sus sonos despertaban en su recuerdo aquellos instantes vividos, en los que había experimentado por primera vez aquel sentimiento nuevo que le hizo temblar de rodillas junto a ella, olvidado de cuanto le rodeaba y escuchando sólo los latidos de su corazón. Recordaba cómo, de improviso, aquella sencilla ilusión iluminó de golpe su vida solitaria, hasta invadirle una felicidad que le hacía llorar de gozo. Y cuando evocaba todo aquello, se sentía como inmerso en una gran tempestad, tempestad surgida del fondo de su propia alma, ya herida para siempre. Entonces se estremecía y de nuevo el suplicio del amor volvía a arder como un fuego que le quemaba el pecho. Y cuanto mayor era el sufrimiento dentro de su corazón, tanto más parecía crecer aquel amor. Así solía pasarse horas enteras, abandonado a todo, solo y triste, con la cara entre las manos y las lágrimas corriendo a través de sus dedos. A veces se escapaba de su pecho un quedo lamento: «¡Katerina! ¡Amor mío! ¡Paloma mía! ¡Hermanita mía!».

Pero, poco a poco, se fue perfilando en él una odiosa convicción que no se apartaba de su lado un solo momento, hasta llegar a convertirse en una obsesión. Ahora estaba seguro de que Katerina no tenía el juicio alterado en lo más mínimo; en cambio, Murin había dicho la verdad al hablar de su «debilidad de carácter». Pensaba también que algún acto criminal unía a la joven con el viejo, aunque no creía a Katerina involucrada conscientemente en ello, dada la pureza de su intención, por lo cual había caído en poder del anciano. ¿Quién era ella, entonces? No lo sabía. Pero la imagen de una tiranía despiadada e implacable, ejercida por el viejo sobre aquella pobre y desdichada criatura, le atormentaba hasta el punto de sentir fuertes palpitations en su pecho, causadas por una impotente indignación. Suponía que el viejo, aprovechándose en forma indigna de la debilidad de aquel corazón, que ya sentía unos vagos remordimientos por lo que hubiera sucedido, le había cargado con el «crimen», reprochándole su culpa y su caída; de este modo la retenía en su poder por medio del tormento y la manejaba a su antojo. Y, fomentando su ceguera, imposibilitaba para siempre que aquella alma, antaño libre e independiente, pudiese algún día buscar la verdadera vida lejos de su férula, rebelándose contra su astuto e indigno dueño...

Ordinov se fue volviendo con el tiempo cada vez más huraño, y, en honor a la justicia, hay que decir que los alemanes pasaron por esto y por todo. De vez en cuando, Ordinov se levantaba de la cama y salía a la calle, donde pasaba horas enteras vagabundeando por todas partes. Solía hacerlo al atardecer, y siempre buscaba barrios solitarios y alejados por los que circulara poquísima gente. Pero cierta tarde de lluviosa primavera, hubo de tropezarse en una de esas calles remotas con Yaroslav Ilich.

Este había adelgazado notablemente desde la última vez; aquellos vivaces y afectuosos ojos de antes no conservaban su antiguo brillo, y en toda su persona se respiraba cierto hastío de la vida. Caminaba muy aprisa, pues al parecer le esperaba un asunto que no admitía demora, y además estaba muy mojado y sucio. De su nariz, algo amoratada por el mal tiempo, colgaba de un modo inverosímil una gota de lluvia. También desfiguraba un tanto su aspecto el que ahora llevase patillas, cuando antes, en cambio, se dejaba el bigote.

Aquellas patillas y el hecho de que Yaroslav Ilich, en el primer instante, hiciese un ademán como de eludir el encuentro con su antiguo amigo, sorprendieron a Ordinov. Y él, que hasta entonces nunca había echado de menos la compasión de nadie, sintió cierto malestar y un ligero dolorcillo en su corazón por aquel hecho. Yaroslav Ilich había sido para él, en otros tiempos, un amigo querido por su bonachonería, candorosidad y, ¿por qué no?, también hay que decirlo, por sus ribetes de necedad que no pretendía ocultar. Así que ahora le resultaba desagradable, sumamente desagradable, el que un individuo torpe, al que precisamente se le quiere por su torpeza, se volviera listo de pronto. Pero esa mirada evasiva que dirigiera a Ordinov en el primer instante desapareció tan rápidamente, que éste apenas tuvo

tiempo de notarla.

A pesar de todos sus cambios exteriores, Ordinov no había perdido ninguna de sus antiguas costumbres, pues ya se sabe que las costumbres de cada uno le acompañan hasta la tumba; por lo tanto, también esta vez se puso a hablar con él en tono de gran amistad. Lo primero que le dijo es que tenía mucho que hacer, y luego, que hacía mucho tiempo que no se habían visto. Pero, de pronto, dio un giro completamente distinto y nuevo a la conversación. Se puso a hacer referencia a la falta de sinceridad que reinaba entre los hombres, a la banalidad de las riquezas terrenales y a la estupidez de la vida humana, que lo único que logra es vivir preocupada. También habló de Pushkin, pero en tono poco entusiasta, e incluso se puso a hablar de sus conocidos, pero con cierto cinismo, después de lo cual, y como colofón, se permitió un par de alusiones a la falsedad de aquellos que se llaman amigos nuestros, cuando lo cierto es que, desde que el mundo existe, no han habido amigos verdaderos. En una palabra, que Yaroslav Ilich se había vuelto un hombre inteligente.

Ordinov no le contradijo, pero sintió una indefinible y lacerante tristeza; le daba la impresión de que asistía al entierro de su mejor amigo.

—¡Ah! ¡Estaba a punto de olvidarme de ello! —dijo de repente Yaroslav Ilich, como si se hubiese acordado de algo importante—. ¡Tengo una noticia que comunicarte! ¿Te acuerdas aún de aquella casa donde viviste una corta temporada?

Ordinov, estremeciéndose, palideció.

—¡Pues figúrate que en esa casa acaba de descubrirse hace poco a toda una banda de malhechores! Figúrate, toda una banda: matuteros, ladrones, timadores de la peor especie, y yo qué sé cuánta gente más de esa ralea. Muchos de ellos están ya a la sombra, y a otros aún no les han podido echar el guante. Los están persiguiendo. Y además, ¿te acuerdas del casero? Sí, aquel hombrecillo tan pequeñín y tan beato, que tenía aspecto digno y hasta respetable.

—Sí.

—¡Pues para que te fíes de la humanidad! ¡Ese precisamente ha resultado ser el jefe de la banda! ¿Qué te parece? ¿No es como para que se le pongan a uno los pelos de punta?

Yaroslav Ilich, como suelen hacer las personas que tienen su carácter, condenaba a toda la humanidad por un solo pecador y hablaba de ello con tal apasionamiento que parecía el arbitro del mundo.

—¿Y ellos? ¿Y Murin? —preguntó Ordinov con ansiedad.

—Murin... ¡Ah, sí! No, ése no. Murin era un buen anciano. Pero, permíteme un momento. Tú vienes a arrojar una nueva luz sobre el asunto.

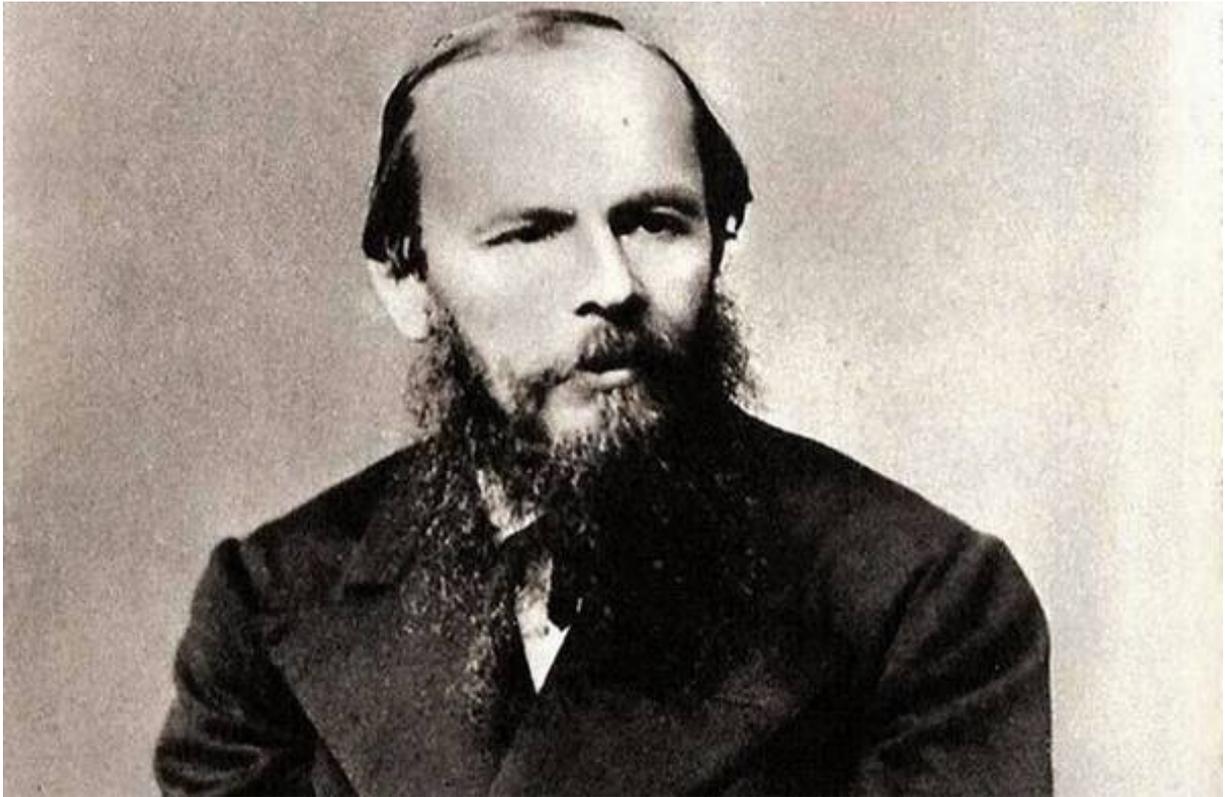
—¿Es que no formaba también parte de la banda?

Ordinov sentía que el corazón le palpitaba con fuerza, causa del desasosiego que experimentaba.

—Pero..., no, ¿cómo es posible que se te haya ocurrido pensar así?

Yaroslav Ilich, sin embargo, posó en Ordinov una insegura y pensativa mirada. Y recalcó:

—No es posible que Murin fuera de aquella partida. Hacía tres semanas que había abandonado San Petersburgo en compañía de su esposa. Se marchó a su tierra... Lo supe por el portero... Ese tártaro insolente, ¿lo recuerdas?



FIÓDOR DOSTOYEVSKI, Moscú, (1821-1881). Novelista, comenzó desde muy joven a desarrollar sus cualidades de escritor. Tras trabajar a los veinte años como traductor en San Petesburgo, su novela epistolar *Pobres gentes* le proporciona una efímera fama, ya que sus siguientes obras dejaron al autor en un olvido total. Condenado a muerte e indultado momentos antes de su ejecución, su estancia en Siberia marcará el devenir de su producción posterior, que le consolidó como un escritor de éxito. Máximo representante de la «novela de ideas», en sus obras aparecen rasgos de modernidad, sobre todo en el tratamiento del detalle y de lo cotidiano, en el tono vívido y real de los diálogos, y en el sentido irónico que apunta en ocasiones junto a la tragedia moral de sus personajes.